François de Tours

El viaje de España y Portugal

1699-1700

François de Tours

El viaje de España y Portugal

1699-1700

Ed. Francesc Costa Oller

Mataró, 2025

Índice

El fraile capuchino François de Tours viajó como misionero a la India y, a su regreso, emprendió el viaje a España junto a su compañero Esprit. Durante catorce meses, relató sus experiencias en un escrito ameno y detallado, lleno de observaciones curiosas. Sus páginas recogen costumbres locales y descripciones vívidas, ofreciendo una perspectiva única sobre lo desconocido, como solo pueden hacerlo aquellos viajeros cuya mirada se asombra ante lo inédito. Murió en Nepal, en otro viaje de misiones.[1]

En 12 de abril de 1699 llega a Cádiz, donde le sorprenden las costumbres religiosas y las procesiones de Semana Santa. Se dirige a Puerto de Santa María y Jerez de la Frontera, ciudad que describe como «muy famosa por sus buenos vinos». Continúa hacia Sanlúcar de Barrameda, aborda un barco por el Guadalquivir hasta Sevilla, donde el puente le decepciona: «no es gran cosa, ya que está construido de madera». Rumbo a Portugal, por la Algaba, el Garrobo y Castillo de las Guardas, aquí le asombra una costumbre peculiar: «se duerme la siesta desde el mediodía o la una hasta las cuatro de la tarde, debido al calor extremo». Su travesía sigue por Higuera de la Sierra, Aracena, Almonaster la Real, Cortegana y Aroche.

En Portugal, François observa las costumbres amorosas y los comportamientos públicos de hombres y mujeres. En Braga asis-

---

[1] «Voyage du P. François de Tours en Espagne et en Portugal (1698-1700)», ed. Lucien Barrau-Dihigo. *Revue Hispanique* nº123,pp.469-549 (octubre, 1921).

te a una singular procesión de San Juan, y en Lisboa, al entierro de la reina. Sin embargo, el episodio más impactante lo vive en Coímbra: un auto de fe en el que varias personas son condenadas a la hoguera y quemadas vivas. Viaja a Santiago de Compostela, entrando en Galicia por Tui, Redondela, Pontevedra y Padrón. Tras rendir tributo al apóstol, comenta que «no se puede hacer el oficio de mejor manera que en esta iglesia». Regresa a Lisboa, esta vez pasando por Vigo, Baiona, Santa María de Oya y el pueblo de la Guarda.

De regreso a España, cruza por Badajoz, hacia Talavera la Real, Lobón, Mérida y en Medellín le llama la atención un puente «muy elevado, aunque el agua a menudo lo sobrepasa debido a las lluvias en las montañas». Su ruta sigue por Miajadas, Trujillo, Jaraicejo y Almaraz, pero entre estos dos últimos pueblos encuentra un tramo difícil, «solo hay cuatro leguas, pero tardamos más de doce horas en recorrerlas, ya que el camino está lleno de grandes guijarros redondos como bolas», el puerto de Miravete.

Continúa por las Casas de Belvís, Calzada de Oropesa, Oropesa, Talavera de la Reina, Santa Olalla, Santa Cruz del Retamar, Navalcarnero y, finalmente, Madrid. Llega el 8 de enero de 1700, observa que «las casas son muy altas aunque muchas están construidas de tierra y podrían confundirse con ladrillo». Se sorprende al ver al rey «viajando solo en un carruaje tirado por seis mulas, acompañado únicamente de un caballero y dos o tres lacayos». Durante un mes asiste a fiestas en Palacio, procesiones y conoce la ciudad y su entorno, el Escorial, Galapagar, el Pardo.

De regreso a Francia, sigue el camino real atravesando Torrejón de Ardoz, Alcalá de Henares, Fontanar, Jadraque, Sigüenza, Medinaceli, Santa María de Huerta, Alhama de Aragón, Ateca, Calatayud, el Frasno, la Almunia de Doña Godina, Épila, la Muela

y Zaragoza, ciudad «hermosa, grande y la más limpia de toda España». Prosigue por el monasterio de Cogullada, Villamayor de Gállego, Monegrillo, Peñalba y Fraga, donde cruza el río Cinca.

Entra en Cataluña y en Lérida cruza el río Segre por un puente de origen romano, continúa por Mollerusa y Cervera, «una ciudad pequeña situada en una colina, con una única calle principal». Igualada y hacia Montserrat, «una montaña muy alta y difícil de remontar». Desciende hacia Martorell y llega a Barcelona, que le parece «una ciudad bastante grande, pero no hermosa; sus calles son muy sucias», pero destaca la belleza de su catedral y ayuntamiento.

En lugar de seguir el histórico camino real hacia Francia por San Celoni y Hostalric, opta por una ruta costera poco transitada en la época, «un camino hermoso y agradable». De hecho, François es el primero del que hay constancia escrita que utiliza este itinerario. Un precursor, porque en tiempos de Carlos III la ruta real oficial en dirección a Francia se trasladará a estos lugares de la costa. Recorre Mataró, Calella y Blanes, «un pequeño pueblo muy maltratado por los franceses en la última guerra». Abandona la costa y se dirige a Gerona y Figueras. Por el pueblo de la Junquera llega a la parte alta de los Pirineos, donde cruza el puerto del Pertús vigilado por el castillo de Bellegarde, «una ciudadela situada en lo alto de una montaña, extremadamente fuerte y prácticamente inexpugnable». Cruza los Pirineos, atraviesa Perpiñán y regresa a su hogar en el convento de Nevers en febrero de 1700.

François de Tours

El viaje de España y Portugal

Como mi intención no era hacer una recopilación de mi viaje, siendo este de poca importancia, como lo es un viaje a España y Portugal, pero instado y solicitado por algunos de mis mejores amigos, no he podido resistirme para complacerlos y satisfacer su curiosidad. Pues aquellas personas que nunca han visto más allá de su propio pueblo, sienten una fuerte inclinación a leer o escuchar sobre cosas que jamás han visto y cuyas costumbres son diferentes a las del lugar en que habitan. Pero si mi complacencia ha llegado al punto de escribir un manuscrito sobre mi viaje para satisfacer la curiosidad de quienes me lo han pedido, que no se espere de mí que lo haga prolijo y extenso, ya que mi propósito es hacerlo lo más conciso posible y no parecerme a muchos que, tras regresar de algún viaje, caen en la exageración, jactándose de haber visto cosas que nunca podrían entrar en el sentido común y abusando de la simplicidad de quienes los escuchan, que los consideran oráculos y creen como verdades las fábulas que les cuentan. No, ese no es mi carácter, y no afirmaré nada que no haya visto. Por ello, se podrá dar crédito a todo lo que diga, aunque haya cosas bastante peculiares y extraordinarias que incluso podrían parecer contrarias al sentido común. Pues se verán costumbres totalmente distintas a las nuestras, y si yo fuera el único en relatarlo, podrían decirme lo que se dice de muchos en el conocido proverbio: «Miente bien quien viene de lejos». Pero como todos los que han realizado el mismo viaje que yo dicen lo mismo, se podrá entonces dar más crédito a todo lo que cuente.

Muchos, antes de abordar el tema que desean describir, ya sea historia, viajes o cualquier otra materia, hacen siempre largos preámbulos, manteniendo al lector en suspenso, quien en todo momento cree que está a punto de comenzar el relato prometido en el título. Esto es, en realidad, abusar de la paciencia del lector, que a menudo se aburre de leer al ver que se tarda demasiado en tratar el asunto principal. Sin embargo, yo no caeré en este defecto, pues, sin hacer esperar al lector, diré que comencé mi viaje en Nevers, lugar donde residía.

> [En Nevers remonta el río Loire, visita muchos lugares, entre ellos París, Tours, Ruan, y en el Havre embarca hacia Cádiz en marzo de 1699]

Embarcamos en una fragata de veinticuatro cañones, armada para el corso, llamada la *Amitié*, al mando del señor de Launay de la Tranchandière, que era su capitán y poseía la mitad del navío. Zarpamos el 22 de marzo, pero no pudimos hacernos a la mar hasta el 26, debido a los vientos contrarios. El 26 de marzo de 1699, el viento pareció lo bastante favorable, se levó anclas y se izaron las velas. Era media cuaresma, y lo pasé bastante mal, pues apenas habíamos alcanzado alta mar cuando se sirvió la comida. Sentí que mi estómago comenzaba a revolverse, pero quise hacerme el valiente y me senté a la mesa como los demás. Sin embargo, apenas había probado la sopa cuando tuve que abandonar la partida e ir a alimentar a los peces. No fui el único, pues gran parte de la tripulación sufrió lo mismo que yo. Hasta ese momento nunca me había mareado en el mar, pero en cuanto perdimos de vista la costa, me afectó. Sin embargo, mi malestar fue pasajero, pues esa misma noche comí algunas ciruelas coci-

das. Al día siguiente, durante la comida, tomé una buena cantidad de sopa y por la noche más ciruelas cocidas, tras lo cual me recuperé por completo, mientras que muchos otros estuvieron enfermos más de diez días.

Ya en alta mar, se organizaron todos los aspectos de la navegación. Como siempre se teme a los piratas o a los enemigos, se asignaron hombres para manejar los cañones y otros para usar mosquetes, pistolas, sables y demás armas, de las que llevábamos una buena cantidad. Afortunadamente, no tuvimos necesidad de utilizarlas, pues no encontramos a nadie en nuestra ruta que nos causara problemas. Desde el día en que zarpamos, nos acompañaba un barco llamado *Saint-Michel*, también de veinticuatro cañones, que seguía nuestro mismo rumbo hacia Cádiz. El viento, sin embargo, no nos fue demasiado favorable. A pesar de ello, llegada la noche, nos acostamos después de la oración, pues puede decirse que no hay comunidad con más disciplina que la de un barco, y haré mención de ello.

En primer lugar, la tripulación se divide en turnos, llamados *cuartos*. Esto significa que la mitad de los hombres vigila durante cuatro horas mientras la otra mitad duerme, y cada cuatro horas se relevan. Por la mañana, hacia las siete, se toca la campana, los que han dormido se levantan y, tras la oración, se desayuna. Luego, aquellos que han estado de guardia se acuestan hasta el mediodía, cuando se vuelve a tocar la campana para la comida. Después de comer, los que han vigilado duermen hasta las cuatro de la tarde, momento en que se toca nuevamente la campana para otro cambio de turno. A las seis y media o siete de la tarde se sirve la cena, momento en el que todos están despiertos, pues prefieren comer antes que dormir, sin prestar atención al proverbio que dice: *Quien duerme, cena*. Tras la cena, se reza, y al final de la

oración se entonan las letanías de la Virgen María con un tono tan lastimero que parece llegar hasta los cielos. Luego, aquellos que están de turno se acuestan hasta la medianoche, y así sucesivamente, levantándose y acostándose de manera ordenada.

El viento, como ya he dicho, no nos fue muy favorable el día que partimos, pues el viernes 27 al mediodía, que es cuando se toman las alturas —lo cual se hace todos los días para ver el camino recorrido—, nos encontramos con que solo habíamos avanzado once leguas. El sábado 28 hicimos veintidós; el domingo 29, diecinueve; y para recorrer esas diecinueve, al tomar el mar abierto, tuvimos que recorrer más de treinta. Los dos días siguientes, lunes y martes 30 y 31 —pues el día 30 no pudimos tomar las alturas debido al mal tiempo—, solo avanzamos treinta leguas, habiendo recorrido más de cincuenta tomando el mar abierto.

El 1 de abril, el viento solo nos llegaba de través, acompañado de lluvia; sin embargo, ese día, al tomar el mar abierto y virando con frecuencia, avanzamos veintinueve leguas. Pero el jueves 2 de abril, el viento nos fue totalmente contrario y nos vimos obligados a poner el barco a la capa [al pairo]. Poner el barco a la capa significa bajar todas las velas y dejar solo una para mantener el barco estable y permitirle ir al capricho del mar; esto hizo que deriváramos, retrocediendo en lugar de avanzar. Ese día también tuvimos un muy mal tiempo y, como presagio de lo que nos iba a suceder, un pequeño pájaro, del tamaño de un pinzón grande, llegó a nuestro barco sin que supiéramos de dónde había venido, pues estábamos a ciento cincuenta leguas de tierra. Lo que sirve para sacar conclusiones, si no se ve otra cosa aparte del cielo y el agua. Esto hizo que nuestros marineros aseguraran que, inevitablemente, tendríamos una tempestad. Durante los días anteriores, habíamos visto grupos de marsopas, es decir *cochons de mer*,

que seguían nuestro barco, e incluso tan de cerca que lamían la grasa del casco. Y, en efecto, durante la noche del 2 al 3 de abril, desde las nueve de la noche hasta las tres de la madrugada, tuvimos una tempestad, con truenos, relámpagos, lluvia, granizo y vientos terribles.

A las nueve de la noche, comenzaba a dormir, pero pronto me despertó la campana, que sonaron para hacer levantar a todos y trabajar. El capitán del barco entró en nuestra habitación para decirnos que rezáramos a Dios, pues estábamos a punto de perecer. Se puede imaginar cuánto nos asustó ese mensaje. En ese momento, hubiéramos querido estar en tierra, pero era imposible, pues estábamos a más de ciento cincuenta leguas. Sin embargo, nos pusimos a rezar con gran fervor, porque solo en el mar se aprende realmente a rezar a Dios. Creíamos en todo momento que íbamos a perecer, pues el mar parecía elevarse un mástil por encima de nuestro barco, lo que podíamos ver gracias a los relámpagos y al fuego que se formaba por la violencia de las olas al chocar unas contra otras. También veíamos el mar de todos los colores y el fuego de San Telmo en nuestros mástiles, lo que indicaba una gran tempestad. Teníamos un relicario, que atamos a una cuerda y arrojamos al mar; toda la tripulación hizo votos, y finalmente Dios nos escuchó, pues hacia las tres de la mañana del 3 de abril, el viento se calmó un poco y solo nos quedaron las penas y el miedo, ya que nuestro barco no sufrió ningún daño. En cambio, el mascarón de proa del barco *Saint-Michel* fue arrancado por una ola y sufrió mucho. Había un barco pequeño que pagó por todos, pues, habiéndose unido a nosotros el 2 de abril por la tarde, no lo vimos a la mañana siguiente, lo que nos hizo suponer que había naufragado, incapaz de resistir una tormenta tan furiosa. Ese día, todavía no se pudo encender fuego en la cocina, por

lo que comimos mal, aunque nos sentimos afortunados de haber sobrevivido. A mediodía, el sol apareció brevemente —pues solo se toman las alturas al mediodía—, y nos encontramos con que solo habíamos recorrido veintitrés leguas en dos días.

El sábado 4, tuvimos aún vientos fuertes, con lluvia y granizo; por lo tanto, solo avanzamos doce leguas. Pero el domingo 5, el tiempo comenzó a sernos favorable y el viento se tornó bastante bueno para nuestra ruta; así que avanzamos veintiséis leguas. El lunes recorrimos veintiocho. El día 7, el viento nos fue completamente favorable, por lo que ese día avanzamos cincuenta leguas. El miércoles 8, lo mismo. El jueves 9 de abril, hacia las diez de la mañana, avistamos tierra, que nos pareció como un gran nubarrón. Hacía quince días que no veíamos tierra, y la que divisamos fueron las islas Berlengas, que pertenecen a Portugal, y ese día avanzamos cuarenta leguas. Durante la noche del 8 al 9, hacia las dos de la madrugada, pasamos frente al cabo de San Vicente. Lo vimos con claridad, porque había una hermosa luna llena y estábamos a apenas a un cuarto de legua de distancia. Ese día recorrimos cincuenta leguas. El sábado 10, avanzamos cuarenta. Creíamos que llegaríamos ese día a Cádiz, ya que teníamos el viento muy favorable y solo estábamos a tres leguas de distancia; pero, hacia las once de la mañana, se levantó una niebla tan espesa que no se podía ver a la distancia de un disparo de pistola, lo que nos obligó a fondear. Al encontrar solo trece brazas de agua y estando, como mucho, a una legua de tierra, intentamos hacer que unos pescadores provenzales, que estaban faenando, vinieran a servirnos de pilotos y guiarnos, pero se negaron rotundamente. Así que nos vimos obligados a quedarnos allí el resto del día.

[Cádiz]

A la mañana siguiente, el 12 de abril, el tiempo se despejó un poco y, hacia las seis de la mañana, levantamos anclas, izamos velas y llegamos frente a Cádiz. Se puede imaginar cuánto me alegró ver esta hermosa ciudad y la cantidad de barcos de todas las naciones que había anclados en sus alrededores. Después de echar ancla y recoger las velas, bajamos un bote al mar, nos embarcamos y llegamos a Cádiz hacia las diez de la mañana, pues nuestro barco estaba anclado a una legua de la costa. Nos dirigimos a nuestro convento donde celebré misa para agradecer a Dios por haber llegado a buen puerto.[2] Cádiz es una ciudad muy hermosa, bien construida, con casas muy grandes y sobre las que se puede pasear.[3] Sin embargo, las iglesias no son de las más bellas, aunque están muy ricamente adornadas. La más hermosa es la de San Francisco, también conocida como la de los padres cordeleros.

Pasé allí la quincena de Pascua, durante este tiempo observé todas sus costumbres, muy diferentes a las nuestras. Es estos dias sagrados, especialmente en Semana Santa, se pueden ver numerosas procesiones con una gran cantidad de penitentes vestidos de blanco, con el rostro cubierto por una tela blanca y que solo ven a través de pequeños agujeros. Algunos de ellos arrastran

---

[2] El convento de capuchinos se construyó el año 1639 en el peñón de Santa Catalina, así llamado en memoria de una antigua ermita erigida en aquel espacio. Pocos años antes de la visita de François, en 1681, Bartolomé Esteban Murillo realizó la decoración de algunas capillas y residió en el convento. El edificio, víctima de las guerras, fue abandonado y saqueado, y hacia finales del siglo veinte derribado, preservándose la iglesia de Santa Catalina.

[3] Se podía andar por las azoteas, muchos viajeros lo comentan.

grandes cadenas en sus piernas, otros llevan pesadas cruces sobre sus hombros, algunos portan los instrumentos de la Pasión, y otros mantienen los brazos en cruz con una barra de hierro sujeta a ellos. Estas procesiones suelen ir precedidas por dos o tres trompetas que tocan de una manera bastante peculiar. Además, se pueden ver penitentes que, con la espalda descubierta hasta la cintura, se flagelan en las iglesias, en las calles e incluso frente a las ventanas de sus amadas, en lo que parece ser una exhibición pública. Creo que muchos lo hacen con sinceridad, pues la sangre fluye abundantemente, y siempre hay alguien detrás de ellos que los limpia de vez en cuando. Se pueden ver muchos de estos flagelantes. Esperaba asistir, la noche del Viernes Santo, al entierro del Hijo de Dios, pero una lluvia repentina impidió la ceremonia, lo que alegró a todos, porque hacía siete meses que no llovía. Sin embargo, fui a ver el teatro montado en la plaza principal, completamente cubierto de negro.

Las iglesias están muy bien decoradas en Jueves Santo y hay una gran cantidad de velas. Ese año, la iglesia de los capuchinos destacó, con una decoración admirable y más de ochocientas velas. Allí se predicó la Pasión el jueves por la noche a las ocho, con una gran multitud presente. Me alegró haberla escuchado, para poder hablar de ella, ya que la manera en que la predican es tan peculiar que me habría costado creerlo si no lo hubiera presenciado en persona. Cuando el predicador habló de la captura de Jesucristo en el Huerto de los Olivos y su traslado ante los tribunales, un trompetista en la puerta comenzó a tocar. Cuando mencionó la bofetada que le dio el soldado, todos los asistentes comenzaron a golpearse las mejillas, algunos incluso con bastante fuerza. Cuando habló de las burlas que sufrió Cristo, muchos empezaron a tocar castañuelas. Cuando relató cómo lo clavaron en

la cruz, se escucharon golpes de martillo sobre la madera. Y finalmente, cuando describió su muerte, se dispararon tres tiros de fusil.

Es una manera curiosa de predicar la Pasión. Pero lo que más me llamó la atención fue que, durante el sermón, cinco o seis mujeres se desmayaron o fingieron hacerlo, como me dijeron después. Intentaron ayudarlas aflojándoles la ropa y dándoles limones para oler, pero una vez terminada la predicación, ya no estaban enfermas y se marcharon. Cuando comenté esto con algunos religiosos, me dijeron que esas mujeres, que padecían *mal de madre*, no deberían estar en lugares tan concurridos. Sin embargo, me explicaron que en realidad eran mujeres que fingían desmayarse, ya que normalmente no pueden salir solas de casa sin ser acompañadas por otras mujeres o familiares. Pero desde el Jueves Santo por la tarde hasta el viernes por la mañana, se les permite salir solas, lo que aprovechan para relacionarse. De hecho, mujeres de todas las clases sociales, tanto damas de alta alcurnia como artesanas, recorren las calles solas durante toda la noche. Incluso algunas damas de la nobleza me dijeron que desearían que la Semana Santa ocurriera todos los meses, para poder disfrutar de la libertad de salir sin escolta.

Tanto hombres como mujeres tienen una gran devoción por besar la manga de los religiosos, especialmente la de los frailes franciscanos. Cuando las mujeres salen a la ciudad, llevan una manta negra que las cubre desde la cabeza hasta los pies, y siempre tienen el rostro tapado. Esta manta negra es similar a un manto de monja. Sin embargo, en sus casas, llevan la cabeza descubierta, con dos trenzas adornadas con cintas o galones, que dejan caer sobre la espalda. Vi muchas mujeres así en sus casas, tanto españolas como portuguesas. Los religiosos tienen permiso

para visitar a las mujeres en sus hogares, algo que los hombres seglares no pueden hacer, pues si un hombre laico visitara a una mujer en su casa, peligraría su vida. Incluso los maridos tienen una forma peculiar de actuar con los religiosos que visitan a sus esposas. Cuando un fraile entra en una casa, el dueño lo recibe, le besa la manga, lo introduce en la habitación donde están su esposa e hijas y luego se retira. Hablo con conocimiento de causa, porque esto me ocurrió muchas veces. Estas mujeres se alegraban mucho de vernos, les gustaban los extranjeros y suspiraban por tener la misma libertad que las mujeres francesas, pero sabían que era en vano, porque cada país tiene sus propias costumbres.

Los hombres, son bastante perezosos, pues se les ve con la capa sobre los hombros y la *espada* al costado, grande como un espetón de asar, parados junto a una pared al sol, sin moverse hasta el mediodía para ir a almorzar. Cuando un zapatero no tiene dinero, toma su *San Crispín*, es decir, sus herramientas, y va gritando por las calles, ofreciendo su trabajo a los zapateros; pero en cuanto ha ganado treinta o cuarenta sueldos, guarda su *San Crispín* en casa, toma su espada —pues todo el mundo la lleva— y su capa, y se va a pasear hasta que se le acabe el dinero. Los españoles llevan la parte superior de la cabeza rapada. Cuando llegué a Cádiz, pensé que eran sacerdotes, sin fijarme en sus espadas; pero la razón por la que se afeitan, dicen, es para eliminar los malos humores.

Llegamos a Cádiz en la mejor época del año, aunque ya estaba bastante avanzada; casi no se veían guisantes frescos, pues se empiezan a comer desde febrero. En los mercados abundaban las habas tiernas y las alcachofas, pero ya hacía tiempo que se comían, pues allí nunca hiela.

Quiero hablar de una imagen de Nuestra Señora que se encuentra frente al convento de los Capuchinos. Es de mármol blanco, mide unos seis pies de altura y está sobre una columna de mármol blanco de unos veinte pies de alto, rodeada por una balaustrada también de mármol blanco de seis pies de altura. La cofradía del Rosario acude allí todas las noches en procesión, alrededor de las ocho o nueve. Durante ese tiempo, todos colocan lámparas y antorchas en sus ventanas. Se dice que esta cofradía y su procesión se establecieron para detener los numerosos asesinatos que ocurrían cada noche.

Después de haber visto, a lo largo de dieciséis o diecisiete días, todo lo que había que ver en Cádiz, pasamos al Puerto de Santa María en la chalupa de Fernán Núñez, que era general de los ejércitos del rey en Andalucía y que nos había agasajado la víspera, pues tenía gran aprecio por los franceses. El Puerto de Santa María, que está a dos leguas de Cádiz por mar, es una ciudad muy hermosa, con calles anchas y largas, muchas de ellas perfectamente alineadas. Sus alrededores son encantadores y los comerciantes extranjeros prefieren vivir allí antes que en Cádiz. Se encuentra allí un hermoso convento de Mínimos llamado *la Victoria*, donde hay una capilla del rey de Francia con sus armas.[4]

Como Jerez es una ciudad muy famosa por sus buenos vinos, fuimos a visitarla. Jerez, o Xerez, como la llaman, es una gran villa, pues dicen que tiene unas dieciocho mil casas, aunque con poca población. Sus campos son abundantes en viñedos, de vino es excelente, así como en trigo y otros productos. A una legua de la

[4] Convento del siglo XVI. El año 1663 fue concedida una capilla a la colonia de franceses, que trasladaron la imagen de su patrono, San Luis rey de Francia.

ciudad hay una cartuja muy hermosa, con una renta de cuarenta mil escudos.[5] Su iglesia es magnífica y está muy bien decorada con pan de oro; en ella se guardan varias reliquias de santos. Los cartujos administran las caballerizas reales del rey de España y no pueden vender ningún caballo sin permiso de Su Majestad Católica. Después de visitar la cartuja, regresamos a Jerez para partir hacia Sanlúcar.

Sanlúcar, o San Lucas, es una ciudad bastante grande y hermosa, pero su barra es muy peligrosa. Lo que se llama barra es la unión del río con el mar, y es allí donde se junta con el Guadalquivir. En esta unión suelen naufragar muchas embarcaciones; de hecho, desde nuestra habitación vimos una que se hundió mientras se dirigía a Sevilla. Por esta razón, los galeones ya no suben hasta allí, pues antes se perdieron muchos, y ahora atracan en una ensenada cercana a Cádiz.

Nos embarcamos en Sanlúcar rumbo a Sevilla en una barca que es el medio de transporte habitual, como las gabarras en el río Loira. Allí se encuentra todo tipo de gente: sacerdotes, monjes, hombres, mujeres y muchachas. Hay doce leguas de Sanlúcar a Sevilla, pero la marea nos dejó varados a dos leguas de la ciudad, obligándonos a pasar la noche en la barca. Por fortuna, teníamos provisiones; pero Dios sabe que no dormimos mucho aquella noche, pues transcurrió entre risas y pláticas. Mi compañero y yo la pasamos lo mejor que pudimos, dejando que los demás hablaran e hicieran lo que quisieran, pues entendíamos muy poco español, al llevar poco tiempo en España.

A la mañana siguiente, hacia las cuatro, nos encontramos frente a un gran pueblo. Un fraile que estaba en la barca me pre-

[5] La cartuja de Santa María de la Defensión, del siglo XV.

guntó si quería ir con él a decir misa, ya que debíamos esperar a que subiera la marea para llegar a Sevilla. Le dije que sí, pero mi compañero me sugirió que era mejor decirla en Sevilla, ya que llegaríamos temprano, en lugar de esperar a que subiese el mar, que serían las tres de la tarde. Seguí su consejo. Salimos de la barca y tomamos tierra. Era un placer caminar y ver el campo cubierto de plantas de regaliz y también de magníficos trigales.

[Sevilla]

Llegamos a Sevilla a las ocho del día 8 de mayo, aunque solo habíamos recorrido dos leguas desde donde dejamos la barca. Al entrar en la ciudad, quedamos maravillados al ver todas las calles llenas de cerezas. Es una de las ciudades más grandes del mundo. Sin embargo, sus calles son bastante cortas y estrechas, pero hay tres o cuatro bastante largas y anchas. Las casas son muy hermosas y de gran altura.

La catedral es muy bella, con bóvedas muy altas y todos los rosetones dorados. La iglesia mide 170 pasos de largo y 120 de ancho. El retablo del altar mayor es de bronce y está muy bien trabajado. La sacristía es un espacio magnífico, lleno de riquezas inmensas. Allí se puede ver una pirámide de 20 pies de altura, toda de plata, aunque aplicada sobre madera. Esta pirámide solo se usa el Jueves Santo y durante la Semana del Corpus. Hay tanta platería que es imposible enumerarla toda, pues hay muchas figuras de santos en plata en relieve y macizas, además de candelabros de plata de un tamaño y altura prodigiosos. Sin mencionar la gran cantidad de cálices de valor incalculable. Cerca de la sacristía está la sala capitular, que es una pieza curiosa, construida en forma ovalada y completamente dorada. También hay una to-

rre muy alta donde un hombre puede subir a caballo hasta la cima.

En la ciudad hay un gran número de conventos: solo de San Francisco hay diecisiete de hombres y tres de mujeres; de Santo Domingo, hay nueve, seis de hombres y tres de mujeres; seis casas de jesuitas, todas ellas perfectamente hermosas y muy ricas, pues estos señores no suelen inclinarse mucho hacia la pobreza. El convento de la Merced es digno de ver, al igual que el de los capuchinos, que está en la puerta de Córdoba. En su jardín hay más de 600 naranjos y limoneros al aire libre; las cercas del jardín están hechas solo de naranjos, limoneros, mirtos y granados. Cerca de Sevilla hay una cartuja que es muy hermosa y rica, con una renta de cien mil escudos.[6] Se dice que el arzobispo de Sevilla tiene una renta de la misma cantidad. Los canonicatos pueden valer hasta cinco mil libras, y las dignidades en proporción. También hay un convento de San Jerónimo, perfectamente bello, donde se puede ver la figura del santo en relieve, una obra tan lograda que solo le falta hablar.[7]

Mientras paseaba por las calles de Sevilla para ver sus curiosidades, acompañado de un español que hablaba muy bien francés, noté que había cruces en casi todas las esquinas. Le comenté que Sevilla debía de ser muy devota para tener tantas cruces. Él me respondió que no era por devoción, sino porque en cada lugar donde había una cruz, alguien había sido asesinado. También me mostró una inscripción en la base: «Aquí se ha matado a tal per-

---

[6] El monasterio de Santa María de las Cuevas, o de la Cartuja, del siglo XIV.

[7] El monasterio de San Jerónimo de Buenavista, del siglo XV. Es la imagen de San Jerónimo Penitente, obra de Pietro Torrigiano (1522-1524), ahora en el Museo de Bellas Artes de Sevilla.

sona; recen a Dios por él». La fábrica de tabaco es digna de ver, pues hay cien caballos que giran como ruedas de molino, como los que se usan en Francia para producir aceite de nuez. También hay personas que muelen tabaco en morteros de madera; ese es el tabaco más fino. Más de 400 personas trabajan diariamente en esta fábrica.[8]

En fin, hay tantas y tan bellas cosas en Sevilla que se necesitaría un volumen entero para describirlas. No mencionaré el palacio del Rey, que es muy hermoso y tiene un bosque de naranjos tan denso que el sol no puede penetrarlo. En el patio, vi naranjos de un grosor prodigioso, tan grandes que harían falta dos hombres para rodear uno con sus brazos. También hay un hermoso jardín con fuentes. En cuanto al río que atraviesa Sevilla, el Guadalquivir, ya no permite la navegación de barcos más allá del puente, que no es gran cosa, al estar construido de madera.[9] Cerca de allí se encuentra el castillo de la Inquisición.[10] Hablaré de la Inquisición más adelante.

---

[8] En el siglo XVII, se estableció el monopolio de la fabricación de tabaco por la Real Hacienda, y Sevilla se convirtió en un centro clave para el comercio y manufactura por su posición como puerto principal del comercio con América. La famosa Real Fábrica de Tabacos de Sevilla se construyó en el siglo XVIII, y el texto del viajero se refiere a una industria anterior.

[9] Este puente consistía en trece barcas ancladas y unidas por tablones de madera; permitía el paso de personas, carretas y animales entre Sevilla y Triana. Podía desmontarse en caso de emergencia, como ataques enemigos o crecidas del río, y se mantuvo en uso siete siglos hasta que en 1845 desapareció tras la construcción del puente de Isabel II, o de Triana.

[10] El castillo de San Jorge, de origen musulmán, en la orilla derecha del río, en el barrio de Triana. En 1481, los Reyes Católicos lo cedieron al tribunal de la Santa Inquisición, y se convirtió en su sede central en España hasta 1785. Fue demolido en 1823, y en su lugar se construyó un mercado.

[Hacia Portugal]

Dejamos Sevilla para dirigirnos a Lisboa, pasando por la Algaba, que es un pueblo grande, y pasamos la noche en el Garrobo, que es una ciudad pequeña, donde llegamos un sábado por la noche. El dueño de la casa donde nos alojamos nos recibió muy bien. Se le llama *hermano*, pues en cada pueblo de España hay alguien encargado de recibir a los religiosos y proporcionarles todo lo necesario, incluso pan, vino y carne para llevar durante el viaje. Al llegar, nos preguntó si queríamos comer carne. Al oír la palabra carne, respondí inmediatamente que no, sin saber que en España está permitido comer, todos los sábados del año excepto en Cuaresma, cabezas, patas e intestinos de los animales; pero no sus cuatro extremidades, ya que eso sí se considera carne. Sin embargo, con el tiempo dejé de ser escrupuloso y seguí el evangelio, comiendo lo que se me ofrecía, pero esa noche nos contentamos con huevos. A la mañana siguiente nos levantamos temprano, pues queríamos llegar a un pueblo a tres leguas de distancia para decir misa, ya que era domingo.

Es un placer caminar por ese país, que es Andalucía y cuya capital es Sevilla, siendo este reino el más agradable, fértil, abundante y cálido de toda España. Pues he visto allí viñas en flor a mediados de abril y se pueden encontrar uvas de un tamaño prodigioso. Puedo dar testimonio de ello, ya que medí en nuestro convento de Sevilla un racimo de uvas que aún no estaba florecido y que tenía más de un pie y medio de largo. Me dijeron en el lugar que en tiempos pasados se había visto un racimo de uvas de seis pies de longitud. Creo que el racimo que trajeron aquellos que fueron a descubrir la tierra prometida no era más grande, aunque necesitaron una pértiga para transportarlo.

Al llegar a Castillo de las Guardas, que es un pueblo grande y hermoso, celebré la misa. Después, un caballero que era diácono me preguntó si tenía algún lugar donde ir a comer. Alabé la providencia de Dios y, tras decirle que éramos extranjeros y que no conocíamos a nadie, nos llevó a su casa. Llamó a su madre, que, al saludarnos, nos besó la manga, pues era la costumbre, como ya he mencionado, y nos dieron de desayuno buen pan, buen vino y dulce de membrillo. Como habíamos caminado bastante, teníamos buen apetito, así que no nos contuvimos.

Después de haber desayunado bien, quisimos despedirnos y marcharnos, pero nos dijeron que debíamos quedarnos a almorzar. No nos costó mucho aceptar, pues estábamos cansados. Todos se fueron a la misa mayor y nos dejaron solos a mi compañero y a mí. Después de la misa mayor, almorzamos, sirviendo a cada uno su porción como en los conventos. Primero nos dieron un gran vaso de plata lleno de caldo, en el que desmenuzamos pan; luego, cada uno recibió un pequeño plato de estofado de conejo, seguido de un pequeño plato de carne cocida. El postre fue común para todos. Aunque el vino era fuerte, no se escatimó y lo bebimos como en Francia, pero con moderación, como deben hacer los religiosos.

Mientras almorzábamos, vi a una sirvienta que pasaba y volvía a pasar por la habitación, llevando colchones, y no sabía lo que aquello significaba. Terminamos nuestro almuerzo y, al querer agradecer a nuestros anfitriones y marcharnos, nos detuvieron diciendo que no se podía partir así, sino que debíamos ir a acostarnos y descansar. No conocía aún estas costumbres, pero en España y Portugal se duerme la siesta desde el mediodía o la una hasta las cuatro de la tarde, debido al calor extremo. Incluso las tiendas cierran, y en las calles solo se ven a las personas pobres.

Fuimos, pues, a acostarnos en la cama que habían preparado mientras almorzábamos y empezamos a disfrutar de la costumbre del país. Después de descansar, salimos a dar un paseo y, más tarde, cenamos.

A la mañana siguiente, tras celebrar la misa, queríamos partir, pero la sirvienta nos dijo que antes debíamos desayunar. Rápidamente despertó a su ama, pues era muy temprano, que compareció de inmediato y nos insistió en que tomáramos vino. Luego, tomando una gran hogaza de pan blanco de unas dos libras, la partió por la mitad y colocó en su interior un conejo asado, diciéndonos que era para el camino. Nuestra botella estaba llena con el vino que nos habían dado en Sevilla; de no haber sido así, nos la habrían llenado. Agradecimos todas sus atenciones, les hicimos un pequeño obsequio de agujas de París, que les encantaban, y algunos pequeños agnus.[11]

Tras besarnos la manga, nos desearon buen viaje y nos indicaron que por la noche nos alojáramos en casa de su hermano, que era cura en un pueblo grande llamado la Higuera, a cuatro leguas de allí. Nos recibió muy bien y nos volvió a dar conejo hasta saciarnos, pues había tantos en la región que era imposible acabarlos. Además, eran los mejores conejos del mundo, ya que solo comían mirto, salvia, romero, tomillo, lavanda y otras hierbas aromáticas que crecían en los matorrales del país. Era un deleite caminar entre aquellos aromas. Todos los setos y arbustos, de un tamaño prodigioso, eran de mirtos, granados y retamas de España. Los laureles floridos, que en Francia cuidamos con esmero en macetas, crecían espontáneamente a lo largo de los ríos y arroyos de

[11] De *Agnus Dei* (cordero de Dios), objeto de devoción que consiste en una lámina impresa con alguna imagen bendecida.

aguas cristalinas, como los sauces en nuestras riberas. Nos fueron muy útiles en varias ocasiones, pues, al ser grandes, nos daban sombra durante el descanso de media mañana, alrededor de las diez, cuando todos los viajeros se detienen, ya que es imposible caminar desde esa hora hasta dos o tres de la tarde, cuando se reanuda el viaje.

Salimos de la Higuera y pasamos por Aracena, que es una ciudad pequeña, y nos hospedamos en Almonaster, en casa de una persona distinguida, que nuevamente nos dio de comer conejo hasta saciarnos. Cuando están asados, son deliciosos; pero cuando los preparan en guisos a su modo, hay que estar acostumbrado para comerlos. Lo experimenté la mañana siguiente, cuando la criada nos sirvió un gran plato de guiso con mucho azafrán, que abunda en la región, y pimienta de Indias, que llaman pimiento. Me fue imposible comerlo, lo que entristeció mucho a la pobre criada, que me insistía en que comiera, pues había puesto mucho esfuerzo en preparar el plato. Pero sus ruegos fueron inútiles: me conformé con el pan, que era excelente —pues en toda España el pan es blanco como la nieve—, el vino y un poco de dulce. Luego nos despedimos de nuestro anfitrión y tomamos el camino hacia Aroche, pasando por Cortegana, un pueblo grande.

Aroche es una ciudad pequeña sobre una colina, muy bonita, y la última de España antes de entrar a Portugal. Al día siguiente, planeábamos hacer una larga jornada, pues partimos a las cuatro de la mañana, pero no contábamos con lo que nos esperaba. Apenas habíamos recorrido una legua cuando nos perdimos en medio de grandes brezales. Encontramos cabreros con rebaños de hasta mil cabras o más, pues acampan en el campo y las montañas en lugar de regresar a casa por la noche, como hacen los pastores en Francia. Les preguntamos el camino, pero no los en-

tendíamos. ¡Qué triste es estar en un país extranjero, perdido y sin conocer la lengua!

Sin embargo, tuvimos un golpe de suerte: mientras caminábamos, unos caballeros en un prado nos llamaron. Estaban comiendo y habían extendido un gran mantel en la hierba con lomo de ternera, pollos, conejos y palomas asadas, varios guisos, buen pan y buen vino. Eran nueve o diez en la mesa, incluyendo un carmelita y varios sirvientes. Nos invitaron a sentarnos con ellos y nos dieron cordero asado y de todo lo que tenían. Bendije al Señor por habernos proporcionado este inesperado banquete en nuestra jornada. Después de comer y agradecer al anfitrión, nos asignó a su criado para guiarnos de vuelta al camino. Aun así, ese día solo pudimos recorrer cuatro leguas desde las cuatro de la mañana hasta las siete de la tarde, cuando nos vimos obligados a detenernos en un pueblo llamado San Pedro.

[Lisboa]

A la mañana siguiente, partimos hacia Moura, la primera ciudad de Portugal viniendo de Andalucía. Al llegar, nos encontramos con un bosque de olivos de más de una legua, muy hermoso. Llegamos hacia las diez de la mañana y no partimos hasta el día siguiente. Moura es una ciudad de tamaño mediano, muy bonita, y, al ser una ciudad fronteriza de Portugal, está bien fortificada. Luego tomamos el camino hacia Lisboa, pasando por Vidigueira, una ciudad muy bonita, así como Alvito y Torrão. Todas esas regiones son muy fértiles, con muchas viñas y campos de trigo que ya comenzaban a cosecharse a mediados de mayo, pues el calor adelanta las estaciones.

Luego pasamos a Porto del Rei, que es un almacén del rey de Portugal, para dirigirnos a Alcácer do Sal. En el camino, se nos unieron dos portugueses, lo cual no nos agradó, pues no sé si tenían alguna mala intención. Estaban armados con espadas y dagas, pero vestían de manera descuidada. Yo llevaba un manto completamente nuevo, y en el camino me decían que era muy bueno. Creían que éramos carmelitas y nos preguntaban si llevábamos dinero. Les respondí que no, y que, siendo capuchinos, no llevábamos dinero con nosotros. Pensé que los capuchinos eran tan conocidos en Portugal como en Francia, pero mi creencia era errónea, pues no entendían el término capuchinos y seguían convencidos de que llevábamos dinero. Además, hablaban constantemente de la calidad de nuestro manto. Nos guiaban por caminos rodeados de maleza, donde la vegetación alcanzaba los seis pies de altura. A menudo mencionaban la palabra *amatar*, que significa *matar*, algo que entendimos perfectamente y no nos tranquilizaba. Nunca quisieron dejarnos, aunque fingíamos detenernos de vez en cuando; ellos se detenían con nosotros. El camino era estrecho, y querían que camináramos delante de ellos, pero hicimos todo lo contrario, obligándolos a ir al frente. Solo éramos dos, mi compañero y yo, pero estábamos dispuestos a defendernos si era necesario. Cuando nos encontrábamos en la parte más densa de la maleza y ellos se detuvieron a conversar, de repente oímos un ruido, y poco después pasaron cinco o seis personas. Continuamos nuestro camino y, media hora después, volvimos a encontrarnos con más gente. En ambas ocasiones, notamos que los portugueses cambiaban de color y se miraban entre sí. No habría sentido tanto temor si no nos hubieran preguntado tantas veces si llevábamos dinero y si éramos carmelitas.

Finalmente, tras caminar un poco más, divisamos el castillo de Alcácer. En ese momento, apresuramos el paso y los dejamos atrás. Alcácer do Sal es un pueblo pequeño con una sola calle, aunque bastante larga. Tiene un castillo muy antiguo, que se dice fue construido dos mil años antes del nacimiento de Jesucristo.[12] Desde allí nos embarcamos rumbo a Setúbal. Pasamos la noche en la barca. De Alcácer a Setúbal hay nueve leguas de distancia, y todo el camino está rodeado de salinas, con una gran cantidad de sal blanca y brillante. Setúbal es una ciudad mediana, pero bastante hermosa. Tiene numerosos conventos religiosos y un puerto marítimo muy bonito. Allí vimos más de cuatrocientos barcos holandeses que habían llegado a cargar sal. Desde Setúbal partimos hacia Lisboa, un trayecto de seis leguas: tres por tierra y tres por agua.

Lisboa. Llegamos el 30 de mayo de 1699. Es la capital del reino de Portugal, situada a orillas del río Tajo, que tiene al menos tres leguas de ancho frente a la ciudad. Es un espectáculo encantador ver Lisboa al llegar desde el río, pues, al estar construida sobre cinco colinas, se presenta como un anfiteatro, con casas magníficas. Sin embargo, las calles son inclinadas debido a la topografía, por lo que no se ven carruajes rodando, excepto en las calles bajas; en su lugar, abundan las literas, que son muy elegantes. Vi en varias ocasiones al nuncio y al embajador de Francia, el señor presidente Rouillé, que preferían trasladarse en litera en lugar de carruaje.

---

[12] Hacia el siglo VIII aC, la región era un importante enclave comercial por su ubicación estratégica a orillas del río Sado, y los fenicios establecieron una colonia para explotar los recursos naturales, como la sal y el pescado.

La catedral es una antigua mezquita de los moros y, por tanto, su arquitectura es bastante rústica. En su interior hay algo peculiar: dos cuervos que han estado allí desde el martirio de San Vicente, cuyo cuerpo fue protegido por cuervos. Cuando uno muere, otro aparece misteriosamente, y aunque las puertas están abiertas, nunca se van. Son perfectamente mansos, pues les di de comer en la mano.[13] Cerca de la catedral está la hermosa capilla de San Antonio, llamada de Padua, aunque en realidad nació en Lisboa, precisamente en la capilla donde actualmente se celebran muchas misas diariamente.

Lisboa tiene numerosas iglesias, todas ricamente decoradas con oro. Los altares, desde la base hasta la parte superior, están completamente dorados, e incluso los púlpitos donde predican los sacerdotes. La iglesia de los agustinos es especialmente notable, pues posee una cruz de oro macizo adornada con piedras preciosas, que se dice fue el rescate de un rey moro capturado por los portugueses en batalla. El convento de las capuchinas, fundado por monjas capuchinas francesas cuando la hija del duque de Nemours fue a Portugal para convertirse en reina, es impresionante. Se dice que su construcción costó un millón ochocientas mil libras. El retablo del altar mayor, realizado íntegramente con columnas de mármol torneado, costó más de ochenta mil libras. Las capillas y los púlpitos de los predicadores están todos dorados, como en las demás iglesias. En comparación con las iglesias de

[13] Diversos viajeros mencionan haber visto los cuervos, unos animales que estaban tan acostumbrados a la presencia humana y a recibir comida que parecían una parte integral de la catedral, lo que les otorgaba un aire misterioso y protector.

Portugal y España, las de Francia parecen establos, si se me permite la expresión, pues aquí hay verdaderos tesoros en ellas.

A una buena media legua de la ciudad hay un convento de San Jerónimo, llamado Belén, pero, por corrupción, Belem. Este convento es magnífico. Antiguamente era el lugar de sepultura de los reyes de Portugal, pues allí se pueden ver siete tumbas de reyes y reinas. El palacio del rey no es de los más hermosos; sin embargo, si se quisiera, se podría convertir en la cosa más bella del mundo, ya que está a orillas del río Tajo, que en ese lugar tiene más de tres leguas de ancho. Los barcos vienen a fondear al pie del palacio, y el fondeadero es tan hermoso que en èl pueden anclar tres mil navíos; se ven barcos de todas las naciones y en una cantidad prodigiosa; es un placer, todos los domingos y días festivos, ver todos sus pabellones desplegados y de diferentes colores. La corte del rey no es en absoluto magnífica, ya que no hay guardias, excepto uno solo en la puerta, y todos son artesanos, que solo vienen cuando el rey va a algún lugar en ceremonia, y esto rara vez, pues lo he visto varias veces ir solo en su carruaje con un caballero y un lacayo, y solo con dos caballos en su carruaje.

Aunque las calles de Lisboa, particularmente las bajas, son muy sucias, hay algunas muy hermosas, entre otras las de Orfebrería, Oro y Plata, que están muy bien provistas de productos. El castillo es fuerte y domina toda la ciudad. Para entrar en el río y llegar a Lisboa, hay varios fuertes, como los de Cascaes, el castillo de madera[14] y varios otros. Está la torre de Belém, en la que hay más de ciento cincuenta cañones para defender la entrada.

[14] Una estructura temporal, para reforzar la defensa costera en momentos de conflicto. Durante los siglos XV al XVII, Portugal desarrolló numerosas fortifi-

En cuanto a los portugueses, son gente muy orgullosa y traicionera, no les cuesta matar a un hombre. En los casi seis meses que he permanecido en Lisboa, no pasaba un día sin que alguien fuera asesinado. Cuando salen a la calle, siempre llevan espada, daga y puñal, con el manto largo, que es negro, y no saldrían de sus casas para dar dos pasos sin llevarlo sobre los hombros. Si tienen algún rencor contra alguien, lo harán matar por poco dinero a un negro o moro, de los que hay más de treinta mil en Lisboa, tanto hombres como mujeres; y este negro esperará el momento adecuado para encontrarlo en la calle, lo seguirá de cerca llevando su gran rosario en la mano —pues todos los portugueses siempre llevan el rosario en la mano, ya sea en las iglesias, en las calles o en sus casas— y, encontrando el momento propicio, le dará una puñalada en el costado y luego se refugiará en una iglesia, mientras se arregla su asunto.

En cuanto a las mujeres, están más confinadas que las españolas. Sin embargo, las veíamos cuando queríamos, aunque no tan a menudo como ellas hubieran deseado. Van con la cabeza descubierta, como en España, y peinadas de la misma manera, es decir, con simples trenzas en el cabello. Están muy descubiertas, pues se les ve hasta la espina dorsal y todos los hombros. Nunca se sientan en sillas, sino en el suelo, sobre sus posaderas, como los sastres. Las personas de calidad tienen una gran alfombra turca extendida en el suelo con cojines de terciopelo enriquecidos con encajes de oro y plata, con grandes botones con flecos en las cuatro esquinas, que ofrecen a las damas que les visitan; pues pa-

---

caciones a lo largo de sus costas para protegerse de incursiones enemigas. En el estuario del Tajo, además de la gran torre de Belém, se construyeron otras defensas, como la Torre de São Gião.

ra los hombres, es como en España: ninguno entra en sus habitaciones. A nosotros nos hacían dar pequeños taburetes y a veces charlábamos durante tres o cuatro horas. En cuanto a la gente común, tienen esteras de junco que extienden por el suelo y se sientan sobre ellas.

Su manera de hacer el amor es tan particular que creo que el lector no se molestará en conocerla. Cuando un joven quiere casarse con una joven, los padres del joven, es decir, su padre, tíos y primos, lo acompañarán a una iglesia, donde es la cita y donde la pretendida se encuentra con su madre, tías y primas. Sentados unos frente a otros, el joven hablará con su padre y sus parientes; del otro lado, la joven hace contorsiones libidinosas, y fingiendo arreglar su manto que se le cae de la cabeza, se deja ver el pecho descubierto y todo el rostro. El joven hace algunas señas con su pañuelo para mostrar que el juego le agrada, y después de permanecer una hora o más, cada uno se retira por su lado. Es la gente común la que hace el amor de esta manera, las personas de distinción lo hacen de otra manera. El pretendido va a casa de la que quiere casarse, y estando en una habitación solo, camina a grandes pasos, como si tuviera mucho camino por recorrer. En ese momento, se hace pasar a la joven por la habitación, como si quisiera ir a otra. Mientras ella pasa, el joven hace como si no la viera. He visto hacer el amor de esta manera al joven conde de Alvor, que se casó con la hija del señor duque de Cadaval, y de quien me burlé; pero me dijo que era la costumbre del país. Este señor duque de Cadaval se casó con la hija del señor de Armagnac, gran escudero de Francia. Después de que todos estos jóvenes que quieren casarse se han visto sin hablarse —pues nunca se hablan hasta la noche en que se van a casar— se escriben dulces billetes. Los padres y madres lo saben bien; pero como ellos

hicieron lo mismo, los dejan hacer. Durante el tiempo de sus amores, la joven a veces se hace sangrar, pero el cirujano tiene mucho cuidado de hacer caer sangre sobre la venda, pues a veces venden hasta por cuatro luises a su pretendido la venda manchada de sangre, para que la muestre en ocasión a su pretendida, diciéndole que tiene su sangre. El joven a veces avisa a su pretendida que se encontrará un cierto día y a tal hora frente a su celosía, pues no hay ventanas en las casas: solo hay balcones con celosías, como las rejas de nuestros confesionarios, donde las mujeres y jóvenes pasean para ver a los hombres pasar por la calle. La joven espera con gran impaciencia ese día y ese momento; se arregla lo mejor que puede; el joven, para entrar en el juego, pedirá a alguno de sus amigos que dé un paseo por la ciudad con él, y pasando frente a la casa de su pretendida, se detiene: ella abre la ventana de su celosía y se deja ver completamente, sin manto en la cabeza; pues cuando están en sus casas, van con la cabeza descubierta. Después de hacer varias contorsiones libidinosas, el joven hace alguna señal con su pañuelo para indicarle que lo que hace le agrada, y luego se va, y su pretendida lo sigue con la mirada todo lo que puede.

Cuando las mujeres van a misa, el marido tiene mucho cuidado de que no se les vean los pies, y para ello les hace dar dos o tres vueltas por la habitación, y si se les ven los pies, les tiran de la falda por abajo. Tienen una manera muy desagradable de acostarse, que es acostarse completamente desnudos, sin camisa, y hombres, mujeres, jóvenes y niños en la misma habitación; pues no tienen camas, por la noche tiran colchones al suelo con sábanas según cuantas personas haya, y por la mañana tiran todos esos colchones en una pequeña habitación, doblan las sábanas y ya están hechas las camas. Hacen lo mismo al mediodía, cuando

se acuestan. En el hospital, todos los enfermos también están completamente desnudos en sus camas, donde no hay cortinas; he visto la sala de los hombres: en cuanto a la de las mujeres, no quise ir a verla.

[Santarém]

Tendría que escribir un libro entero si quisiera describir todas sus costumbres, que son muy diferentes a las nuestras; pero como deseo tratar las cosas de la manera más sucinta posible, diré que, después de haber estado ocho días en Lisboa, me invitaron a ir a Coímbra para presenciar un acto de la Inquisición, que llaman *auto da fé*. Me costó mucho decidirme a ir, ya que estaba muy cansado, habiendo caminado cien leguas desde Cádiz, y habiendo otras treinta y cuatro desde Lisboa a Coímbra. Finalmente, me dejé convencer al decirme que era algo digno de ver, y nos embarcamos el lunes de Pentecostés, 8 de junio de 1699, para ir a Santarém, que está a catorce leguas de Lisboa.[15] Éramos cuatro capuchinos; pero como la marea nos falló a dos leguas de Santarém, nos vimos obligados a pasar la noche en la barca. Como todo el mundo en Lisboa tiene guitarras, nuestros marineros y otros tocaron casi toda la noche. Por la mañana, abandonamos la barca y fuimos por tierra a Santarén, donde celebramos la santa misa y pasamos el resto del día para ver las rarezas del lugar.

Santarém es una ciudad pequeña en lo alto de una montaña, aunque la mayor parte está abajo. En el convento de los padres benedictinos se puede ver un crucifijo cuyo brazo derecho está separado de la cruz y el cuerpo completamente inclinado; aquí

---

[15] Por el río Tajo.

está su historia, según los registros y los cuadros que hay en la iglesia, que la representan en su totalidad. Había una joven pastora que cuidaba sus ovejas; un hidalgo, es decir, una persona de nobleza —pues todos los caballeros de Portugal se llaman hidalgos—, fue a solicitarla para el mal. La joven se negó a acceder a sus deseos; él continuó insistiendo, prometiéndole casarse con ella, aunque sin intención de hacerlo. La joven, viéndose tan fuertemente presionada con la promesa de matrimonio, le dijo: «Bien, vayamos a una capilla cercana y prométame ante el crucifijo que se casará conmigo». Él fue allí, tomó la mano de la joven y le prometió ante el crucifijo que se casaría con ella. Hecho esto, salieron y fueron adonde quisieron. Pero la joven quedó embarazada, y el hidalgo ya no hablaba de casarse; ella se lo recordó y él se burló; finalmente, lo citó para comparecer ante los jueces: él negó haberle prometido matrimonio. Los jueces los despidieron; pero la joven, llena de fe, rogó a los jueces que fueran a la capilla donde él le había prometido casarse; los jueces accedieron y los acompañaron; al llegar, la joven se dirigió al crucifijo diciendo: «¿No es cierto, Señor, que este caballero me prometió casarse conmigo?». En ese momento, el brazo derecho se desprendió y se extendió sobre la joven, y el cuerpo también se inclinó, como dando testimonio de lo que ella decía; al ver esto, los jueces condenaron al hidalgo a casarse con la pastora. Este crucifijo solo se muestra en ceremonias, con capa e incienso. Yo lo vi.[16] Hay otras particularidades, pero como no he visto los documentos autén-

[16] En el desaparecido convento benedictino del Monte dos Olivais, entre Santarém y Ribeira, se encontraba la capilla de la leyenda En la iglesia de Santa Iria, en Ribeira de Santarém, se conserva una antigua escultura relacionada con la historia: el Cristo del Monte Iraz.

ticos, las dejo ahí, y de Santarém fuimos a Tomar. Es una ciudad pequeña al pie de una montaña, que no tiene mucho que ofrecer, pero en lo alto hay un hermoso convento de canónigos regulares. Es allí donde el rey de Portugal hace sus caballeros. Continuamos nuestro camino hacia Coímbra, pasando por Penela, que es una ciudad pequeña.[17]

[Inquisición]

Coímbra, famosa y célebre universidad a orillas del río Mondego. La ciudad es modesta; una parte ocupa un lado del peñasco y la otra está debajo. Hay varios conventos de religiosos, e incluso la calle de Santa Sofía, que es muy hermosa, está llena de conventos. Cuando yo estaba allí, se contaban hasta nueve mil estudiantes que asistían a la universidad. Hay un famoso convento de canónigos regulares, llamado Santa Cruz; es allí donde San Antonio de Padua fue religioso antes de tomar el hábito de San Francisco.[18] En este convento están los cuerpos de cinco religiosos de

---

[17] El convento de Tomar fue fundado en 1160 por Gualdim Pais, maestre de la orden de los Templarios en Portugal. Construido como una fortaleza templaria y centro monástico, fue destinado a servir como lugar de retiro y de oración para los monjes. Cuando la orden fue disuelta en el siglo XIV, el convento pasó a ser administrado por la orden de Cristo, encargada de la defensa y expansión del cristianismo en los territorios portugueses.

[18] El convento de Santa Cruz fue fundado en el siglo XII por la orden de los canónigos regulares de San Agustín. En sus primeros años, desempeñó un papel crucial en la consolidación del recién nacido reino de Portugal, y guarda las tumbas de los dos primeros reyes, Afonso Henriques y Sancho I. San Antonio de Padua llegó a Coimbra en 1212 como miembro de la orden agustiniana, pero su vocación cambió radicalmente después del martirio de cinco franciscanos

San Francisco, que sufrieron el martirio en Marruecos. Al otro lado de la ciudad, en una elevación, hay un convento de religiosas de Santa Clara, sumamente hermoso, y que ofrece una bella vista desde la ciudad.[19] Como habíamos ido a Coímbra con el único propósito de ver el acto de fe que se iba a celebrar, que no es más que varios prisioneros que salen de las cárceles de la Inquisición por haber hecho o dicho cosas contra la fe, de los cuales los que piden misericordia son absueltos, aunque condenados a penas temporales, mientras que los que no la piden son condenados a ser quemados vivos, especialmente los judíos. Como presencié este acto en su totalidad, lo relataré fielmente como sigue.

La mañana del 14 de junio de 1699, alrededor de las seis, se vio salir de la Inquisición la cruz de los reverendos padres jacobinos, seguida por ochenta y seis prisioneros con una estatua en relieve de uno que había muerto impenitente en prisión, junto con un cofre pintado de llamas infernales. La mayor parte de estos prisioneros eran judíos. Iban uno tras otro, llevando un cirio amarillo en la mano, con su rosario que casi arrastraba por el suelo, y acompañados por dos caballeros de la Misericordia. Aquellos que eran convictos de haber judaizado y que habían clamado misericordia solo fueron condenados a penas temporales, como ser desterrados del reino, estar encerrados en prisión por un tiempo, y llevar una túnica como una dalmática, sobre la que había una gran cruz amarilla de arriba abajo. Bajo esta primera cruz, marchaban ochenta prisioneros; tras ellos seguía otra cruz, en lo alto

---

en Marruecos. Este evento lo inspiró a abandonar la vida monástica y a tomar el hábito franciscano, dedicándose a predicar y difundir el evangelio.

[19] El convento de Santa Clara, de la orden de las clarisas, una rama femenina de los franciscanos, fue fundado en el siglo XIV por la reina Isabel de Aragón, conocida también como Santa Isabel de Portugal, esposa del rey Dinis I.

de la cual había un gran crucifijo; después seguían tres hombres y tres mujeres que debían ser quemados, porque no habían querido reconocerse y pedir misericordia. Estaban vestidos con una túnica pintada de llamas infernales, con su retrato delante. Cada uno tenía un reverendo padre jesuita para exhortarlos a reconocerse, pero en vano; pues, cuando se les quería hacer besar el crucifijo, lo rechazaban con violencia y murieron así. Un hombre los seguía, llevando la estatua de uno que había muerto impenitente en prisión, y otro llevaba un cofre pintado de llamas infernales, donde estaban los huesos del difunto. Todos estos prisioneros, acompañados, como dije, cada uno por dos caballeros de la Misericordia, hicieron una procesión por parte de la ciudad y llegaron a un gran teatro que se había levantado en la plaza principal frente al convento de los canónigos regulares.

Estábamos en el teatro desde antes de las cinco. Había guardias en la entrada de la escalera para evitar que la gente subiera, y solo se permitía el acceso a sacerdotes, religiosos y personas de distinción; pues había una multitud inmensa. Se dice que había más de doce mil extranjeros, pues se esperaba ver a una joven que había sido jesuita durante dieciocho años y que había tomado las órdenes sacerdotales, y como allí se aparece según el hábito en el que fuiste capturado, y como hay tres reverendos padres jesuitas que forman parte del consejo de Su Majestad, lograron que ella no apareciera, sino que permaneciera en prisión el resto de sus días. Si sacerdotes o religiosos son llevados a la Inquisición, aparecen con sus hábitos sacerdotales o religiosos, como vi a tres sacerdotes que estaban allí y de los cuales hablaré en su momento.

El teatro estaba levantado en la plaza principal, y estaba cubierto con lona de barco. Al fondo, que estaba tapizado, estaban

los inquisidores, quienes son los que juzgan a los criminales con penas temporales, pues todos son sacerdotes y la Iglesia aborrece la sangre; pero como la justicia secular está en la misma sala, cuando juzgan, aquellos que no claman misericordia y no confiesan sus crímenes, los entregan a la justicia secular, que, de inmediato, los condena a la hoguera. Al final del banco de los inquisidores, a la derecha, había un altar; había otro en el centro del teatro, también a la derecha. A ambos lados del teatro, que también estaba tapizado, estaban los calificadores del Santo Oficio. A la derecha, al subir al teatro, había un gran anfiteatro, y debía ser muy grande, pues ochenta y seis prisioneros, cada uno con dos caballeros de la Misericordia, estaban colocados allí. Frente a este anfiteatro, había un púlpito, donde se predicó y se leyó el proceso y las acciones de todos los prisioneros, como lo describiré. El patio del teatro estaba lleno de toda clase de gente respetable; sin embargo, no había ninguna mujer.

La procesión, habiendo dado una vuelta por una parte de la ciudad, se dirigió al teatro, y los prisioneros se colocaron en el anfiteatro. Apenas estuvieron allí, un padre de la Merced subió al púlpito para predicar e hizo cuatro puntos en su sermón: uno contra los bígamos, otro contra aquellos que judaizaban, otro contra los blasfemadores del santo nombre de Dios y, finalmente, el último contra los quietistas y molinistas, a quienes calificó de infames, pues había entre ellos personas que habían comparecido ante la Inquisición.

Después de que el predicador terminara su sermón, un sacerdote subió al púlpito sosteniendo el proceso de un judío, que salió de su lugar en el anfiteatro y se dirigió al altar que estaba en medio del teatro. Apenas llegó, el sacerdote leyó en voz alta todo lo que había hecho el acusado. Luego, el judío volvió a su sitio y

otro prisionero pasó a ocupar su lugar, y así, sucesivamente, se leían los procesos y las acciones de estos prisioneros. Entre ellos, había un bígamo y un blasfemador del santo nombre de Dios, a quien le habían puesto un bastón en la boca. Sin embargo, la mayoría de los prisioneros eran judíos.

También había tres sacerdotes desgraciados que enseñaban el quietismo y cometían actos extremadamente viles. Entre ellos, dos eran especialmente notorios: el primero se hacía pasar por santo, pretendiendo resucitar a muertos que en realidad estaban vivos y jactándose de hacer milagros. El segundo era un cura que había sido expulsado de una congregación y que tenía un grupo de devotas a las que enseñaba doctrinas perniciosas, además de cometer con ellas abominaciones tan grandes que la decencia no me permite escribirlas en este papel. También se decía que tenía tratos con el demonio, realizando curaciones sin remedios, como recomponer brazos y piernas rotas.

Comparecieron, como los demás, ante el altar mencionado, donde se leyeron en voz alta sus *bellas* acciones. Se tardaron tres horas en leer las infamias de este cura expulsado de su congregación, lo que hizo que todos se encogieran de hombros, salvo él, que escuchaba con la mayor tranquilidad, como si le estuvieran leyendo los más grandes elogios. Finalmente, los tres fueron condenados a no ejercer nunca más ninguna función sacerdotal y a cadena perpetua. Este modo de leer públicamente todas esas vilezas no me gustó, pues había muchas mujeres inglesas en sus ventanas que las escuchaban al igual que nosotros, burlándose y haciendo chistes, lo que resulta perjudicial para la religión; pero era la práctica de la Inquisición. Después de la lectura del proceso de estos tres sacerdotes, alrededor de la una de la tarde, y habiendo estado despierto desde la una de la madrugada para ir a

decir misa —pues las misas comenzaron a oficiarse a esa hora—, me abrí paso entre la multitud y me fui a comer a casa de unos franceses con los que estábamos alojados. Poco después, los otros tres padres me siguieron, al igual que los señores de la Inquisición. Hacia las tres de la tarde se reanudó el auto de fe, que no terminó hasta el día siguiente por la tarde.

Como ese día debían ser quemadas seis personas condenadas a la hoguera, se comenzó por leer sus procesos. Y efectivamente, fueron quemadas ese día. Más tarde, mientras paseábamos por las calles alrededor de las nueve de la noche, oímos el sonido de unas campanas pequeñas, como en los entierros: eran estos pobres desgraciados que iban a ser llevados al fuego. La cruz de la Misericordia iba al frente, seguida por ellos, aunque ya no llevaban la túnica de llamas, sino que estaban vestidos completamente de blanco. Todos los señores de la Misericordia, más de cuarenta en total, sostenían en la mano una gran antorcha de cera blanca encendida. De esta manera, en procesión, los condujeron hasta la orilla del río, en el centro del puente, donde había siete pequeñas cabañas de madera que yo había ido a ver de día. En cada una de ellas se colocó a un condenado, sentado en un pequeño banco. También se colocó allí el ataúd con los restos de un hombre que había muerto impenitente en la prisión, para ser quemado junto con ellos.

A medianoche, se prendió fuego a las siete cabañas y, una vez consumidos los cuerpos, las cenizas fueron esparcidas al viento. Entre los quemados estaban el padre, la madre, la hija y el yerno de una misma familia. Así es como se lleva a cabo el auto de fe de la Inquisición. Muchos critican este tribunal, razón por la que nunca se permitió en Francia, aunque hay opiniones a favor y en contra.

Después de haber presenciado este auto de fe, los dos padres capuchinos que estaban con nosotros querían ir a Santiago de Compostela; pero uno de ellos, sintiéndose indispuesto, me pidió que acompañara a su compañero, ya que de Coímbra a Compostela solo había unas sesenta leguas. Me costó decidirme, pues era la víspera del Corpus Christi y había oído decir que se celebraban muchas danzas y mascaradas ante el santísimo sacramento, y tenía muchas ganas de ver esas ceremonias, que se asemejan más a las festividades paganas que a las cristianas. Sin embargo, finalmente accedí, porque también me alegraba la oportunidad de hacer este viaje, y partimos de Coímbra hacia Bussaco,[20] que es un convento de los carmelitas descalzos situado en una montaña muy elevada, que nos llevó más de una hora subir. Los padres carmelitas lo llaman su desierto, y con razón, pues está muy alejado de cualquier casa. El recinto tiene una muralla de más de una legua y media de circunferencia. Aunque lo llaman desierto, en realidad es un lugar sumamente agradable y encantador, lleno de cedros, árboles de bálsamo, mirtos y una infinidad de árboles y hierbas aromáticas. Hay además muchas fuentes y cascadas naturales de gran belleza. Dentro del recinto hay varios eremitorios donde los religiosos pasan enteras cuaresmas en completa soledad, recibiendo únicamente lo necesario para subsistir. Estos ere-

[20] El convento de Santa Cruz do Bussaco fue fundado en 1628 por los carmelitas descalzos. Los monjes lo construyeron siguiendo una estricta regla de austeridad y aislamiento, buscando una vida de contemplación en armonía con la naturaleza. El sencillo edificio, incluía celdas cubiertas de corcho como aislamiento térmico y acústico. Crearon un muro alrededor para preservar su tranquilidad y prohibir la entrada de mujeres. A finales del siglo XVII, construyeron un conjunto de capillas y ermitas en el bosque y una vía sacra, con estaciones que representaban la pasión de Cristo.

mitorios constan de una habitación, una pequeña capilla, una pequeña cocina y un jardín con una fuente. Cada ermita tiene una campana para llamar al confesor cuando desean confesarse.

El obispo de Coímbra tiene allí un eremitorio un poco más grande que los demás, donde va a hacer retiros espirituales. En verdad, lejos de ser un desierto, este lugar parece un paraíso terrenal. Disfrutamos mucho de nuestra estancia y con gusto nos habríamos quedado allí si hubiéramos podido, pero tuvimos que partir para continuar nuestro viaje a Santiago. Pasamos la noche en Arcos, un pueblo grande, al igual que Bemposta, y de allí nos dirigimos a Oliveira de Azeméis, donde hay un hermoso convento de canónigos regulares, y finalmente llegamos a Oporto.

Oporto es una ciudad bastante grande, hermosa y amena, la más agradable de todo Portugal. Sus calles son amplias y limpias, y las casas están bien construidas. La ciudad está edificada en una colina y es a la vez un puerto marítimo y una sede episcopal. Los barcos anclan junto a los muros de la ciudad y se sujetan con grandes argollas. Pueden entrar todo tipo de embarcaciones, protegidas de cualquier ataque. Sin embargo, la barra, es decir, la unión del mar con el río Duero, es muy peligrosa. Hay una gran cantidad de conventos, y son muy agradables. Al otro lado de la ciudad, hay varias casas hermosas y conventos que adornan bellamente el paisaje y son un placer para la vista. Nos hospedamos en casa de unos franceses que nos recibieron y nos agasajaron de manera excelente. Creía que el día del domingo del santísimo sacramento vería a esos bailarines, pero me equivoqué: solo hubo uno, que precedía al santísimo sacramento, llevaba una máscara horrible y bailaba delante de él mientras tocaba la guitarra. Las calles estaban ricamente tapizadas, con un gran número de personas portando grandes cirios de cera blanca, que precedían y se-

guían al santísimo sacramento. Partimos de Oporto para ir a Braga, pasando por Vila Nova [de Famalicão], una villa grande.

[Braga]

Braga. La ciudad no es grande, aunque es un arzobispado con una renta de ciento setenta mil libras. Se dice primado de las Españas, pero el arzobispo de Toledo se lo disputa. En la ciudad hay cuatro plazas hermosas. El altar de la catedral es muy bello. Nos hospedamos en el arzobispado, y monseñor el arzobispo quiso que nos quedáramos ocho días para descansar; pero solo le concedimos uno, que era el de San Juan Bautista, cuando vimos una curiosa procesión, cuyo relato fiel es el siguiente.

En primer lugar, había más de cien personas enmascaradas, pues la costumbre, tanto en España como en Portugal, es que en las procesiones haya personas con máscaras. Si una monja quiere pagar por su fiesta, tendrá un grupo de personas enmascaradas que, con guitarras y tambores de Vizcaya, llamados vascos, irán a bailar dentro de la iglesia ante el santísimo sacramento; de lo contrario, la ceremonia de la fiesta no sería adecuada. En Lisboa, casi nunca salía por la ciudad sin ver este tipo de ceremonias.

Tres enmascarados de la procesión que describo iban delante, hablando indistintamente con mujeres y muchachas, ya que con ese atuendo tienen permiso para hacerlo. Yo podía observar a placer toda la procesión, porque nos encontrábamos en un gran balcón del palacio episcopal, acompañados por los dos sobrinos de monseñor el arzobispo. Abajo había una gran plaza repleta de gente. Después de estos tres enmascarados, seguía un buey cuyas astas estaban adornadas con una hermosa y ancha cinta roja. Tras el buey, venía una carreta de bueyes llena de ramas y follaje.

Luego, seguían cuatro gigantes de una altura prodigiosa, que hacían gestos tan cómicos que provocaban carcajadas. Sin embargo, estos gigantes estaban hechos solo de cartón y eran llevados por un hombre cada uno, aunque no se les veía. Junto a ellos había un enano con una máscara de un pie y medio de largo.

Después de estos gigantes, venía San Juan Bautista en el desierto: era una especie de bosque con fuentes de agua y un niño pequeño, completamente desnudo, de unos tres años, que representaba a San Juan Bautista. Este *desierto* era llevado por cuatro hombres que no se veían, al igual que todos los demás que mencionaré más adelante. A continuación, seguían ocho personas enmascaradas que se detuvieron frente al palacio. Esto me alegró tanto que apenas podía contenerme, pues nunca había visto una procesión con personas enmascaradas bailando. A decir verdad, es un vestigio del paganismo, y nunca se ha logrado abolir estas costumbres tan poco acordes con el cristianismo. El rey y los señores obispos han tenido muchas dificultades para eliminar ciertos bailes sumamente lascivos, que la decencia no me permite describir en este papel, aunque me los han contado. Este grupo de bailarines, al llegar a la plaza del palacio arzobispal, comenzó a bailar durante unos quince minutos, pero con gran destreza. Mientras ellos bailaban, todos los demás grupos también danzaban.

Después de que este grupo terminara su danza y continuara su camino, seguía un pequeño bosque, y dentro había dos niños desnudos, de entre dos y tres años. Uno representaba al niño Jesús y el otro a San Juan Bautista, pues este último tenía un pequeño cordero vivo a sus pies y sostenía en su mano un escrito que se extendía hasta el niño Jesús, en el que se leía: *Ecce Agnus Dei* (He aquí el cordero de Dios). Después de esto, seguía otro grupo de trece bailarines, seis de ellos vestidos de mujer, que danzaron con

gran habilidad, llevando castañuelas en los dedos. Era un verdadero placer verlos, pues sus danzas eran muy diferentes de las de Francia. Tras este segundo grupo de bailarines, venía una camilla donde había una cama con sábanas y cobertores donde yacía Santa Isabel, pero solo se veía su cabeza, representando el momento de su parto.

Después, otro grupo de trece bailarines, todos vestidos de blanco, que también ejecutaron su danza con gran destreza. Tras ellos, venía otra camilla llevada por hombres, en la que se representaba al verdugo que había decapitado a San Juan Bautista. Este sostenía la cabeza en una mano, entregándosela a Herodías, que la recibía en un plato, y en la otra mano tenía un sable verdadero. Tanto el verdugo como Herodías medían entre cinco y seis pies de altura. A continuación, venía un caballero con una coraza y una lanza en la mano, montado en un hermoso caballo; este representaba a San Jorge.

Tras él, desfilaban dos compañías de soldados, una de cristianos y otra de moros, cada una encabezada por un general, ambos magníficamente montados. Frente al palacio arzobispal, desmontaron de sus caballos y, tras entregarlos a un sirviente negro, hicieron una gran reverencia a los sobrinos de monseñor el arzobispo, ya que este último se encontraba enfermo en cama y no pudo asistir a la ceremonia. En ese momento, los cristianos y los moros se dispusieron a combatir. Los moros llevaban sables y escudos, mientras que los cristianos portaban medias picas. Tras enfrentarse unos contra otros, un moro tocó la trompeta, señal para iniciar la batalla. De inmediato, los cristianos y los moros se mezclaron y combatieron entre sí, pero con tal destreza que era asombroso que no se hirieran. Esto resultó sumamente entretenido. Después de un largo combate, cada cristiano tomó a un moro

como prisionero, quedando solo los dos generales enfrentados. Estos pelearon durante mucho tiempo, hasta que finalmente el general cristiano capturó al general moro. Terminado el combate, todos los moros depositaron sus sables y escudos a los pies del general cristiano, tras lo cual comenzaron a bailar. Eran quince contra quince. Había un conjunto musical con diversos instrumentos como guitarra, arpa, tiorba, violín y viola da gamba, y mientras bailaban, cantaban *Victoria*. Danzaron por un largo tiempo con gran destreza y, tras finalizar, se marcharon. La cruz de la procesión los seguía, acompañada de numerosos sacerdotes, y así concluyó esta hermosa y entretenida procesión de San Juan Bautista, cuyo costo, según me dijeron, ascendía a dos mil escudos.

Al día siguiente, provistos de víveres en abundancia para nuestra parada, que monseñor el arzobispo nos había hecho entregar, y después de haber tomado despedida de su excelencia, continuamos nuestro viaje a Compostela o Santiago, pasando primero por Villa Nova, que es una gran aldea, pero bastante hermosa, y luego por Ponte de Lima, que es una ciudad pequeña muy bonita, aunque sin nada en particular. Desde allí nos dirigimos a Valença, que es una ciudad pequeña de poca importancia, situada en una elevación a orillas del río Miño. Es la última ciudad de Portugal en dirección a Galicia; sin embargo, está bastante bien fortificada, ya que es una ciudad fronteriza, pues solo el río Miño separa Portugal de España, con Valença en un lado y Tuy o Touy en el otro.

[Galicia]

Tuy o Touy es la primera ciudad de Galicia por el lado de Portugal, situada, como acabo de decir, en la orilla del río Miño. Aun-

que la ciudad es muy pequeña, es sin embargo sede episcopal, y hay incluso muchos conventos. Continuamos nuestro viaje y llegamos a Redondela, que no es más que un pueblo grande. Hay un convento de recoletos que está a media legua hacia el mar, en una isla y escollo; solo se puede llegar en una barca y está llena de árboles aromáticos. Están solos, y lo que tienen de incómodo es que deben ir a tierra firme para conseguir agua dulce. Estos padres viven solos, sin ningún vecino, en lo que, como se puede ver, es un verdadero desierto.[21] Pasamos luego por Pontevedra, que es una ciudad pequeña muy bonita, y de allí a Padrón, que es otra ciudad pequeña, pero sin gran interés, de allí fuimos a Compostela o Santiago de Compostela.

Compostela es la ciudad capital de Galicia y sede arzobispal, que tiene cuarenta mil escudos de ingreso. La ciudad es bastante grande; la iglesia catedral, donde descansa el cuerpo del glorioso apóstol Santiago el Mayor, es muy hermosa, particularmente el gran altar, con un retablo magnífico y muy rico; delante de él hay catorce lámparas de plata perfectamente bellas, y una que tiene forma de conchas, es un regalo de un rey de España. No se puede hacer el oficio de mejor manera que en esta iglesia. Hay siete canónigos, llamados los siete cardenales, que ofician con la mitra puesta, aunque no sean obispos.

Estuvimos alojados en casa de monseñor el arzobispo, que nos ofreció todas las atenciones imaginables. Quiso que permaneciera

[21] La presencia franciscana en la isla de San Simón data del año 1517, cuando fray Juan Pascual, fundador de los denominados recoletos de San José, llegó a la isla junto con otros quince frailes. La isla de San Simón ya tenía una historia religiosa, porque en ella existió un monasterio benedictino y, posteriormente, entre 1118 y 1312, fue ocupada por los caballeros templarios, y los franciscanos utilizaron inicialmente la iglesia que habían dejado.

un mes en su palacio, pero solo nos quedamos cuatro días para hacer nuestras devociones y ver lo que había de curioso, como el gran hospital donde se alojan los peregrinos, que es muy bello, al igual que los numerosos conventos. El de San Benito es digno de verse, especialmente la sacristía, que es una nave muy hermosa, y la madera del coro, que tiene una estructura muy fina y delicada. Mientras estuvimos en Compostela, se celebró una procesión del santísimo sacramento en la que había dos grupos de danzantes, todos enmascarados. Cada grupo era de veinte personas. No podía perderme esa ceremonia, tenía muchas ganas de verla, y no me contenté con verlos bailar solo una vez, sino varias; porque después de ver bailar estos dos grupos uno tras otro, me abría paso entre la multitud, que era mucha, y me iba por otra calle por donde iban a pasar. Había un grupo de estos danzantes vestidos como peregrinos y peregrinas, y cuando bailaban, el santísimo sacramento se detenía y no avanzaba hasta que los danzantes terminaban de bailar. Durante la procesión, en otro lugar se lanzaron más de trescientos fuegos artificiales. La procesión fue muy hermosa, con muchos sacerdotes y un montón de personas que llevaban grandes candeleros de cera blanca. Después de hacer nuestras devociones, ver el tesoro de la catedral, que es muy bello, y todo lo que había que ver en la ciudad, retomamos nuestro camino hacia Lisboa, regresando por nuestros pasos y pasando nuevamente por Padrón, Pontevedra y Redondela; pero desde Redondela fuimos a Vigo.

Vigo es una ciudad pequeña, con un puerto marítimo que es como un callejón sin salida, donde, sin embargo, los barcos, por grandes que sean, vienen a anclar. Fuimos muy bien recibidos por el señor conde de Amarante, que era el gobernador, nos ofreció un gran festín y tuvo el honor de hacernos comer con su es-

posa; porque las mujeres en España y Portugal comen poco con los hombres; pocas comieron con nosotros durante todo nuestro viaje, ya sea porque se encontraban indispuestas o porque había demasiada gente. Desde Vigo fuimos a Bayona, una ciudad muy bonita, en la orilla del mar, bien fortificada, con una gran guarnición; también es frontera con Portugal, siendo la última de Galicia por el lado de Portugal.[22] Desde Bayona fuimos a Oya.

Oya es un pueblo pequeño, pero en la orilla del mar tiene un convento muy bonito de los bernardos, muy elevado, que es una fortaleza; tiene una terraza muy hermosa, en la que hay varios cañones que no dejarían acercarse a los barcos que quisieran desembarcar para saquear el país; además de que tiene armas para armar a más de cuatrocientos hombres: por lo tanto, no se suele intentar un desembarco para saquear este monasterio. De Oya fuimos a la Guardia, que es una fortaleza sobre una montaña, también en la orilla del mar, con bastiones, contrafuertes, fosos y empalizadas.[23] Está en la entrada de Galicia por el lado de Portugal, cerca del Miño, siendo este río el que hay que cruzar para llegar a Caminha, que es la primera ciudad de Portugal por el lado de Galicia.

[Portugal]

Caminha, ciudad muy bonita y alegre, es la primera de Portugal por el lado de Galicia, sobre el mismo río Miño que Valença, con la diferencia de que está cerca de la desembocadura del mar, don-

---

[22] No era frontera con Portugal, como en el propio texto se comprueba.

[23] La fortaleza de Goián, construida en 1671 al lado del río Miño, frente a la localidad portuguesa de Vila Nova de Cerveira.

de el río Miño se pierde. De Caminha fuimos a Vianna, una ciudad bastante grande, muy hermosa, bien construida, con bonitas casas, calles muy largas y anchas, y un puerto marítimo. Cuando llegamos a Viana [do Castelo] caminando por la orilla del mar, vimos dos grandes barcos turcos que parecían querer llegar a tierra, pero era para intentar capturar a los pescadores que estaban faenando; pero fue inútil, ya que todos los pescadores llegaron a tierra sin detenerse a pescar. De Viana retomamos el camino hacia Coímbra pasando por Aveiro, que es una ciudad pequeña, aunque bastante bonita, y un puerto marítimo donde los holandeses vienen a cargar la sal blanca que se produce allí.[24] Entonces regresamos a Coímbra, Penela, Tomar y Santarém; pero desde Santarem llegamos a Alenquer.

Alenquer es una ciudad bastante pequeña, ubicada en una montaña, pero construida en la pendiente. Sin embargo, tiene varios conventos, entre ellos el de San Francisco, construido en tiempos de este patriarca,[25] donde se puede ver una habitación, que yo vi, donde se dice que el diablo residió: las crónicas de los hermanos menores lo mencionan. Este espíritu maligno, que solo busca la perdición de los hombres, al ver que la religión de San

---

[24] La extracción de sal en Aveiro se remonta a tiempos romanos. En época medieval, se consolidó como una actividad económica clave, por su valor tanto para la conservación de alimentos como para la industria y el comercio, exportándose a Europa, como señala François.

[25] El convento de San Francisco de Alenquer, del siglo XIII. Aunque no se sabe con certeza si San Francisco lo fundó en persona, su influencia y el paso de sus seguidores por la zona fueron decisivos para que la orden franciscana se estableciera en Alenquer. La tradición local dice que San Francisco se alojó en un lugar cercano al convento, conocido como el *Cerro de San Francisco*, donde tal vez predicó y compartió su mensaje.

Francisco estaba muy bien considerada por todos, tanto por su vida ejemplar como por la extrema pobreza de la que hacían profesión, pensó que no había mejor manera de destruir a estos religiosos y traer el relajamiento que haciéndoles proporcionar en abundancia todo lo que necesitaban. Por eso adoptó forma humana y se presentó para ser novicio. Sus artificios fueron tan grandes que lo recibieron, diciendo saber muchos secretos para curar enfermedades y que en el futuro podría ser de gran utilidad para los religiosos. Se puso el hábito, pero tan pronto como lo hizo, inspiró a algunos enfermos a venir a pedirle que los curara; y así los sanaba, sabiendo perfectamente cómo aplicar lo activo a lo pasivo. Todas estas curas trajeron una gran abundancia al convento, lo cual fue notado por los religiosos celosos, quienes vieron que por esta abundancia varios comenzaban a relajarse, y eso era precisamente lo que nuestro diablo novicio quería. Ellos hablaron con el padre maestro y el padre guardián, y después de haber considerado cuidadosamente todo, se dieron cuenta de que era este novicio quien les procuraba toda esa abundancia. Sin embargo, estaban muy contentos con su conducta, porque no había nadie más humilde ni más mortificado que él, cargándose de ayunos y disciplinas, interpretando perfectamente su papel. Pasaron once meses de esta manera, pero cuando llegó el momento de tomar los votos, dijeron que estaban muy contentos con él, pero que habían notado algo, y era que nunca lo habían visto comulgar; porque, en el momento en que debía hacerlo, inspiraba a algún enfermo a venir a llamar, diciendo que el mal lo apremiaba extraordinariamente y que había que avisar al hermano médico, y luego engañaba al padre maestro, diciendo haber comulgado en otra misa. Finalmente le dijeron al padre maestro que le dijera a este novicio que estaban muy contentos con él, pero que no lo re-

cibirían hasta que lo viesen comulgar al día siguiente, por muy enfermo que fuera el que viniera a pedir ser aliviado. Este buen novicio no esperó al día siguiente, al ver que sus astucias habían sido descubiertas, y salió de allí de inmediato, volviéndose invisible, dejando un hedor espantoso en el convento, que perduró durante un largo tiempo, y por la ausencia de ese espíritu maligno, los religiosos continuaron su vida austera y pobre. Tal vez esta historia se crea apócrifa, pero como he dicho, está en las crónicas de los hermanos menores, y me la contaron en dicho convento tal como la he escrito. Hay otras particularidades en este convento, pero como no le doy mucha fe a muchas cosas, prefiero callarlas en lugar de decirlas, ya que mi intención ha sido escribir lo más sucintamente posible.

[Lisboa]

De Alemquer regresamos a Lisboa, donde llegamos el último día de julio de 1699; y al llegar, supimos de la enfermedad de la reina, que era hija del duque de Neuburgo, hermana de la emperatriz y de la reina de España. Su enfermedad fue causada por una picadura en el nervio, cuando quisieron volver a perforarle la oreja, desgarrada por el peso de los pendientes que llevaba. Hay que saber que las portuguesas usan pendientes largos que superan la mitad de la mano y son anchos en proporción. Están hechos de pequeñas cadenas de oro trabajadas artísticamente y adornadas con perlas finas. He visto a moriscas llevar pendientes que costaban más de cincuenta escudos; de ahí se puede juzgar el precio de los que usan las personas de alta alcurnia; y los que la reina quería usar eran un regalo de la reina viuda de Inglaterra, hermana del rey de Portugal. Esto hace que estos pendientes, al

ser tan grandes y pesados, desgasten las orejas de las que los llevan, y por eso se ven muchas orejas desgarradas. Y como la reina de Portugal los llevaba, al querer volver a perforarle la oreja, le picaron el nervio. Esta picadura causó una erisipela; esta erisipela, una fiebre, un trastorno en el cerebro y una diarrea, enfermedades que le causaron la muerte. Finalmente murió el 4 de agosto, a las 5 de la tarde, del año 1699.[26] El 6 de ese mismo mes, cuando fue enterrada, se celebraron numerosas misas en el Louvre,[27] donde había veinte altares en una gran sala y algunas habitaciones cercanas a la suya. Todos los sacerdotes, después de celebrar la misa, iban a la habitación de la reina a decir un *De profundis*, y yo también fui a decir la misa. El tapiz de la sala, de la habitación y de la cama de honor donde estaba la reina, era un hermoso damasco rojo con flores de oro. Por la noche, a las diez, se hicieron sus funerales, habiendo sido llevada a San Vicente de Fora, lugar destinado para su sepultura. Esta iglesia es de canónigos regulares.

La ceremonia se realizó de la siguiente manera, ya que yo estaba allí. Había unos seiscientos soldados formando una fila desde el Louvre hasta la iglesia de San Vicente de Fora. Todos los religiosos estuvieron presentes, y también se colocaron en fila frente a los soldados, con una vela amarilla en la mano, de una libra de peso. Los principales oficiales de justicia estaban a caballo o sobre mulas, todos llevando una gran antorcha de cera blanca. Tras ellos seguían unos treinta hidalgos, es decir, los más

[26] Marie-Sophie-Isabelle de Neubourg, segunda mujer de Pedro I de PortugaI, casada en 1687.

[27] En este contexto, parece que como Louvre se conocia una parte del palacio real de Lisboa, probablemente un gran salón o galería, donde se llevaron a cabo los rituales funerarios.

importantes del reino, también montados a caballo, al igual que unos ochenta eclesiásticos aproximadamente, todos ellos con una gran antorcha de cera blanca. Después de estos eclesiásticos seguía el duque de Cadaval, montado en un hermoso caballo. Tras él seguía inmediatamente el cuerpo de la reina, llevado por dos mulas; estaba cubierto con un hermoso damasco rojo con flores de oro, al igual que el carro de honor de la reina, que seguía al cuerpo, pero en el que no había nadie. Algunos eclesiásticos trajeron las cruces de las parroquias hasta el palacio, pero no asistieron al convite. Así terminó la ceremonia de los funerales de la reina.

Nos quedamos en Lisboa hasta el 8 de diciembre de 1699, y durante el tiempo que estuvimos allí, hubo diecisiete temblores de tierra, entre ellos, uno el 26 de octubre a las cinco de la tarde, cuando estábamos en vísperas, fue terrible, ya que vi toda la iglesia inclinada, nuestro pupitre del coro estuvo a punto de caerse, y cayó mucha tierra y escombros desde lo alto de la iglesia; todos pensamos que iba a sepultarnos. Algunas casas se derrumbaron y varios jarrones se rompieron.[28]

---

[28] La historia recuerda el terremoto del 1 de noviembre de 1755, uno de los desastres naturales más devastadores de Europa, que destruyó gran parte de la ciudad. Miles murieron al quedar aplastados bajo los escombros; minutos después, el mar se retiró de la costa, dejando el puerto seco, y de repente un tsunami con olas de hasta quince metros de altura arrasó la ciudad, y los que habían huido hacia la orilla del río Tajo murieron ahogados. Pasado sísmico de Lisboa; ya en enero de 1531, había sufrido otro terremoto devastador, que causó la muerte de unas treinta mil personas y dejó gran parte de la ciudad gravemente dañada. François, menciona diecisiete temblores durante su estancia en Lisboa, antes de partir el 8 de diciembre de 1699, pero no presenció el terremoto del dia 17, que causó la destrucción de algunos edificios frágiles y el colaso parcial de estructuras antiguas.

Cuando la reina fue enterrada, el rey estuvo un mes sin hacer ninguna gestión, sin hablar con nadie, excepto con algunos oficiales, y sin afeitarse. Sus costumbres son bastante particulares. Cuando muere una persona de alta alcurnia, si es una mujer, el marido estará seis meses, y a veces incluso un año, sin salir de su casa y sin escuchar misa, a menos que la celebren en su casa. Las mujeres hacen lo mismo; pero para las personas del común, este período es solo de tres meses.

Durante el tiempo que estuvimos en Lisboa, llegó la flota de Angola, Brasil y las Indias. Eran un total de noventa barcos, de los que cincuenta y cuatro iban a Lisboa y treinta y seis a Oporto. Me encontré en medio de esta flota, habiendo ido en una pequeña embarcación a verla, y estuve en medio de los fuegos, ya que dispararon un gran número de cañones para saludar. Todos estaban ricamente cargados, y se decía que el barco de las Indias estaba cargado con dieciséis millones. También me encontré en medio de seis barcos de guerra comandados por el señor de Relingue, que había llegado a anclar en Lisboa, y se dispararon más de trescientos cañonazos porque el señor de Relingue estaba sirviendo comida al señor de Rouillé, el embajador.

Durante los más de cuatro meses que estuvimos en Lisboa, tuvimos tiempo de ver todas las particularidades, y necesitaría un libro entero para escribirlas. Por eso, me contento con decir que Portugal es el país más hermoso, agradable y fértil que se puede ver, y el más primaveral, ya que las uvas maduran a finales de julio, aunque la cosecha no se haga hasta principios de septiembre, dejando que sus uvas se sequen; por eso, su vino es muy exquisito.

[Hacia España]

Los guisantes nuevos, habas y alcachofas se comen en los meses de enero y febrero; los albaricoques maduran a finales de mayo, y así ocurre con todo, ya que todo es extremadamente temprano. Los campos están llenos de olivos, encinas, alcornoques, pinos, granados, mirtos, salvia, romero, lavanda, tomillo y una infinidad de otras hierbas aromáticas. Alrededor de Lisboa hay muchas quintas, es decir, casas de campo, en las que hay verdaderos bosques de naranjos, cuyos frutos son dulces. Se pueden ver a veces hasta dos mil naranjas al aire libre, y he caminado sobre flores de hasta dos dedos de altura, flores que en Francia se habrían recogido. Finalmente, dejamos Lisboa para regresar a Francia y tomamos la ruta de España. El 8 de diciembre de 1699, pasamos la noche en Aldeia Galega, que está frente a Lisboa, al otro lado del río Tajo, que en ese punto tiene más de tres leguas de ancho. Es un gran pueblo, donde desembarcan quienes viajan hacia el Alentejo o España.

Desde allí, fuimos a Montemor, que es una ciudad pequeña, pero muy bonita, situada sobre una elevación. Sin embargo, no hay nada en particular que destacar, por lo que no nos quedamos mucho tiempo y partimos de inmediato hacia Évora, que es una ciudad de tamaño mediano y sede del arzobispado más importante de Portugal, ya que sus ingresos ascienden a doscientas mil libras. La catedral es pequeña, pero muy hermosa, luminosa y rica. Cerca de la catedral hay una plaza muy bonita y una fuente espléndida. Después de permanecer allí unos días, nos dirigimos a Evoramonte, una ciudad pequeña situada en la cima de una montaña, tan alta que estábamos dentro de la nube; al bajar, mi compañero y yo no podíamos vernos a cuatro pasos de distancia, y

cuando llegamos abajo, la ciudad solo se veía como una gran unbe, aunque el tiempo estaba despejado y sereno. Esta ciudad tiene un castillo muy fuerte, construido por los moros, que domina toda la región.[29]

Partimos hacia Estremoz. Aunque esta ciudad no es muy grande, está situada en una montaña y está muy bien fortificada, debido a su cercanía con España. Lo más destacable es la cerámica de barro rojo que allí se fabrica, que es muy hermosa. El convento de los religiosos de San Francisco es muy bonito, y delante de él hay una plaza magnífica con una fuente espléndida. Desde Estremoz, nos dirigimos a Elvas, una ciudad bastante grande y muy bien fortificada con bastiones, medias lunas, *cavaliers*,[30] glacis, contrafosos y otras defensas, ya que es frontera con España y la última ciudad portuguesa del lado de Extremadura. La catedral es pequeña pero muy elegante, con las paredes revestidas de azulejos desde el suelo hasta el techo, en un estilo similar a la porcelana. Los azulejos son muy comunes en Portugal; se pueden ver muchas habitaciones con suelos y paredes revestidos de azulejos, especialmente en los conventos de religiosos y religiosas, ya que esto da una sensación de frescura.

He de decir, antes de salir de Portugal, que aunque el país es hermoso, fértil, alegre y agradable, las posadas son muy malas, al igual que en España, pero particularmente en Portugal. En una posada solo hay una habitación pobremente acondicionada para el dueño y la dueña, en la que los viajeros rara vez pueden entrar,

---

[29] El castillo de Evoramonte, del siglo XIV, es una fortaleza situada en lo alto de una colina con vistas impresionantes de la región del Alentejo, que sorprende a François.

[30] Un *cavalier* es una plataforma dentro de una muralla, que permite colocar artillería o tropas en una posición más alta que el resto de la fortificación.

y en la que no hay pan, vino ni carne, por lo que hay que ir a buscarlos a otro lugar. Para dormir, se duerme junto a los mulos sobre paja picada, esteras de junco o colchones colocados directamente sobre el suelo. Pasé por esta experiencia sin poder evitarla; tampoco necesitábamos despertador, pues, al dormir sobre una estera de junco en el suelo de piedra, nuestro lecho no era precisamente mullido, y solo nos cubríamos con nuestro abrigo. Nos acompañaban muleros que partían a las tres de la mañana para dejarnos dormir. Si el clima hubiera sido frío, se puede imaginar lo difícil que habría sido calentarse en tales condiciones; pero solo nos encontramos con estas dificultades dos o tres veces.

Dejamos Elvas después de ver sus acueductos, que llevan agua a la ciudad desde aproximadamente dos leguas de distancia. Estos acueductos son muy altos, con tres grandes arcos superpuestos.[31] El castillo es antiguo, construido por los moros, pero fuerte. La catedral también fue construida por los moros y antes era su mezquita. Así fue como dejamos Portugal y entramos en España por Extremadura. Lo que separa ambos reinos es un pequeño río que se cruza fácilmente por piedras,[32] pero que se desborda con facilidad cuando llueve; y continuamos el viaje hacia Badajoz.

[31]Los acueductos de Amoreira, una impresionante obra de ingeniería hidráulica, comenzaron a construirse en 1537 y se completaron en 1622. Con una longitud de 7,9 kilómetros, se extienden desde la fuente de Amoreira hasta el centro de la ciudad de Elvas. En ciertos tramos, alcanzan una altura de 31 metros, sostenidos por cuatro niveles de arcos superpuestos. Su diseño no solo responde a necesidades de abastecimiento de agua, sino que también fue concebido para resistir posibles ataques enemigos, al ser Elvas una ciudad fortificada.

[32] El río Caya.

[Badajoz]

Badajoz es la primera ciudad de España en el lado de Portugal para entrar en el Alentejo. Está frente a Elvas, y ambas ciudades están separadas por solo tres leguas. Es la capital de Extremadura, muy grande y hermosa, muy bien fortificada según todas las reglas. Está situada a orillas del río Guadiana. El puente es muy hermoso,[33] con un fuerte pequeño en la entrada, y antes otro que que domina el castillo y la ciudad. El castillo es fuerte y muy grande, con varias calles en su interior. El campo es muy hermoso y fértil, con abundante vino, trigo, caza y frutas. En cuanto a cosas raras que merezcan ser escritas, no hay ninguna, por lo que permanecimos poco tiempo allí y tomamos el camino hacia Madrid, pasando por Talavera, que es un pueblo grande, al igual que Lobón. Desde allí fuimos a Mérida, que es una ciudad pequeña muy agradable y hermosa a orillas del río Guadiana; es sede episcopal.

Desde allí fuimos a Medellín, que está al pie de una colina, en cuya cima hay un castillo fuerte y bien conservado. En Medellín hay un puente muy elevado, de todas maneras el agua a menudo lo sobrepasa debido a las lluvias que caen en las montañas y que hacen crecer extraordinariamente el río.[34]

---

[33] El puente de Palmas, que atraviesa el río Guadiana, tiene sus orígenes en la época romana y fue construido en 1596 durante el reinado de Felipe II, reemplazando a un puente medieval anterior que fue arrasado por una inundación. A lo largo de su historia, ha sido objeto de múltiples reconstrucciones debido a las crecidas del río Guadiana y a los daños causados por conflictos bélicos. Este puente cuenta con 32 arcos y una longitud aproximada de 582 metros.

[34] Construido en 1630, el puente de Felipe IV, cruza el río Guadiana y reemplazó uno de antiguo, medieval, destruido tras una crecida del río en 1603. De

Desde Medellín nos dirigimos a Miajadas, que es un pueblo grande donde nos sucedió una aventura curiosa. Un fraile cordelero de Medellín nos dirigió a la casa de quien recibía a los religiosos, y encontramos a la dueña en la puerta, que nos recibió con cierta frialdad, pues nunca había visto capuchinos. Estaba sola con sus hijas. Apenas habíamos entrado cuando llegó su marido con dos o tres de sus amigos, que nos observaban. Algunos decían que no había religiosos de San Francisco como nosotros; otros decían que sí, que los habían visto en Castilla. Como entendíamos bastante bien el español y también lo hablábamos, confirmamos lo que decían los últimos, y al final nos ofrecieron una buena cena.

Después de cenar, nos pidieron nuestra botella para llenarla, pues al día siguiente debíamos recorrer siete grandes leguas sin encontrar una sola casa. También nos dieron pan y carne, y colocando un colchón en el suelo de una pequeña habitación, nos dijeron que nos acostáramos. No nos hicimos de rogar, además de que estábamos cansados y al día siguiente nos esperaba una larga jornada. Apenas me acosté, perdí el conocimiento, pero nuestro compañero no dormía.

Poco después, nuestro compañero vio pasar frente a nuestra habitación, que tenía la puerta abierta, a un hombre con las mangas de la camisa arremangadas hasta los codos, sosteniendo en su mano un gran cuchillo, acompañado de una joven alta que llevaba una lámpara encendida. Nos observaron al pasar. Esta escena asustó un poco a nuestro compañero; yo, como dije, dormía pro-

---

piedra y estilo barroco, tiene una longitud de 416 metros y está compuesto por 20 arcos de medio punto, con una anchura de unos 5'25 metros.

fundamente. Luego volvieron en el acto, siendo tres o cuatro, y se detuvieron frente a nosotros, hablando entre ellos.

Aunque nuestro compañero no dormía, fingía hacerlo, pero no dejaba de sentir miedo, pues aquel hombre aún sostenía el cuchillo en la mano. ¡Esto és lo que pasa por estar en un país extranjero! Finalmente, después de pasar y volver a pasar tres o cuatro veces, el hombre del cuchillo se acercó a nuestro compañero, quien, les aseguro, sintió un gran miedo. Pero cualquiera lo tendría, pues el hombre puso su mano izquierda sobre el pecho de nuestro compañero y la otra debajo de su cabeza. Ante esta acción, nuestro compañero se incorporó y le preguntó en español qué quería. Al escuchar esto, me desperté y vi a cuatro personas delante de nosotros. ¿Pero saben qué quería aquel hombre? Solo quería un pequeño caldero que estaba debajo de la cabeza de nuestro compañero, ya que su cocina estaba detrás de nosotros, y el caldero era para recoger la sangre de un cordero que iban a sacrificar, cosa que efectivamente hicieron ante nosotros. Así terminó nuestro susto, y para tranquilizarnos, nos ofrecieron a su hijo una hora antes del amanecer para que nos guiara durante una legua y nos pusiera en el camino hacia Trujillo.

Trujillo es una ciudad de tamaño mediano situada en una montaña, pero de difícil acceso, pues hay al menos tres cuartos de legua de subida desde el lado de Portugal, siendo solo rocas puntiagudas, perdiendo constantemente de vista la ciudad, y cuando uno cree haber llegado, todavía queda un valle y una llanura. Por el lado de Madrid, la subida no es tan dura. En la ciudad, lo único realmente digno de ver es el castillo,[35] que es extremadamente

[35] Los orígenes de esta fortaleza se remontan a la época musulmana, cuando se construyó una alcazaba sobre restos posiblemente romanos o visigodos. El si-

fuerte. Desde allí fuimos a Jaraicejo, que es un pueblo grande, al igual que Almaraz. Pero entre Jaraicejo y Almaraz, aunque solo hay cuatro leguas, tardamos más de doce horas en recorrerlas, ya que el camino era extremadamente difícil, lleno de grandes guijarros redondos como bolas, algunos del tamaño de una cabeza, otros más grandes, todos amontonados unos sobre otros.[36]

Desde Almaraz continuamos nuestro camino, pasando por Belvís, que es un pueblo pequeño, luego por Calzada [de Oropesa], que es un pueblo grande, después por Oropesa, que es una ciudad pequeña donde hay un hermoso castillo muy bien conservado,[37] y luego por Talavera de la Reina, que es una ciudad bastante grande y muy hermosa. Allí se fabrica una loza muy bella, con apariencia de porcelana y a un precio muy asequible. Luego fuimos a Santa Olalla, que es una ciudad pequeña, después a Santa Cruz [del Retamar], que es un pueblo grande, al igual que Navalcarnero. Este último más bien parecería una ciudad que un pueblo, pues está muy bien construido y tiene casas muy hermosas. Incluso hay una casa magnífica que Felipe IV mandó cons-

---

glo XIII, pasó a manos de la Orden de Santiago, que reforzó y amplió la estructura.

[36] El puerto de Miravete, paso montañoso, camino real que tantos sufrieron, como Edward Clarke, «Antes de llegar a Jaraicejo hay una cuesta de largo ascenso, sinuosa y difícil, y en algún momento peligrosa. Costó casi toda una mañana rebasarla, y un carro del equipaje cayó por un precipicio, aunque se pudo recuperar por completo».

[37] Una imponente fortaleza que se alza sobre un cerro, dominando la llanura que la rodea. Su origen se remonta a la época árabe, aunque fue objeto de reconstrucciones y ampliaciones tras pasar a manos cristianas. Consta de dos partes claramente diferenciadas: el castillo viejo, de origen árabe, y el castillo nuevo, de estilo gótico, erigido por los Álvarez de Toledo, señores del lugar.

truir para alojarse cuando pasara por allí. Desde Navalcarnero finalmente llegamos a Madrid.

[Madrid]

Madrid es hoy la capital de España, donde residen los reyes. Llegamos allí el 8 de enero de 1700. La ciudad es tan grande como la mitad de París, o más; las casas son muy altas, pero la mayoría están construidas de tierra, aunque podrían tomarse por casas de ladrillo; también hay varias construidas con ladrillos. Hay calles muy bonitas, entre ellas la calle principal, llamada *Calle Mayor*, por la que podrían pasar hasta ocho carruajes en fila. Hay muchos carruajes, pero es curioso verlos rodar, ya que solo son tirados por mulas, con riendas de cuerda muy largas, y se puede observar a las mulas caminar con un paso lento y solemne, al estilo español. Los cocheros no tienen asientos, sino que van montados en el último caballo, como los cocheros de nuestras diligencias en Francia, y sus carruajes son bastante similares a los nuestros. Solo los carruajes del rey y la reina son tirados por seis mulas; todos los demás, incluidos los de los nuncios o embajadores, solo llevan cuatro caballos o mulas, a menos que salgan fuera de la ciudad.

El rey tiene dos palacios en Madrid, situados en extremos opuestos de la ciudad: uno donde reside habitualmente y otro al que va con frecuencia, llamado *Buen Retiro*. El primero es un gran edificio con un amplio patio al frente, cuya entrada no es más que un gran arco, como un enorme puente. Hay, sin embargo, dos puertas cerca del palacio: una conduce al Pardo, una casa de recreo del rey, y la otra lleva a la ciudad. Buen Retiro es un edificio muy hermoso, con tapices de valor incalculable. Sus jardines son bastante amplios, aunque mal organizados; sin embargo, cuentan

con hermosas fuentes naturales. En un patio se puede ver una estatua de Felipe III montado en un caballo de bronce que tiene dos patas en el aire. En otro patio hay otra estatua del mismo rey en otro caballo de bronce, pero este solo se sostiene sobre una pata; es una obra de gran audacia.[38]

La corte del rey no es ostentosa, y no se ven guardias en la puerta del Palacio como en la corte de Francia. Solo hay un guardia suizo vigilando la entrada. No es que el rey no tenga guardias, pero solo aparecen en las ceremonias, como pudimos ver el día de la purificación de la Virgen María, cuando asistimos a la bendición de los cirios, que se realizó de la siguiente manera.

La capilla del Palacio está en un gran claustro, donde había más de trescientos o cuatrocientos guardias, muy bien vestidos y con hermosas alabardas. Había una multitud inmensa, pero solo entraron en la capilla los capellanes, confesores y predicadores del rey y la reina, la música, los grandes de España (todos con sus collares del Toisón de Oro, de valor incalculable), algunos eclesiásticos y religiosos, entre los que me encontraba. Cuando iba a comenzar la ceremonia —oficiada por el patriarca de las Indias— el rey entró en la capilla acompañado solo por un guardia y dos pajes. Se dirigió a un reclinatorio cerca del altar, en el lado del evangelio. Este reclinatorio estaba rodeado de cortinas de damasco, como un dosel de cama, y al entrar el rey se cerraron, por lo que ya no se le vio más. Solo quedó un guardia a su lado.

Al fondo de la capilla había un espacio separado por paneles de cristal, donde se encontraban la reina y todas las damas de Pa-

---

[38] La estatua ecuestre de Felipe III, una obra en bronce de Gian Bologna del siglo XVII, encargo del duque de Florencia, Cosme II de Médici, como regalo para el rey de España, ahora se encuentra en la plaza Mayor.

lacio. Solo se podía ver a la reina, que estaba de rodillas en una ventana abierta. Después de que el patriarca de las Indias entregara el cirio al rey —pues a la reina no le dio ninguno— los capellanes y predicadores del rey y la reina pasaron, uno tras otro, a recibir su cirio del patriarca. Tras recibirlo, hacían una gran reverencia al rey, luego otra a la reina, y después volvían a sus lugares. Los grandes de España hicieron lo mismo.

Tras la distribución de los cirios, comenzó la procesión en el corredor, que como mencioné antes, es un claustro hermoso. Cuando el rey llegó a la puerta de la capilla, la reina salió de su espacio para unirse a la procesión. El rey le hizo varias reverencias para que pasara primero, pero ella lo rechazó. Finalmente, el rey la tomó de la mano y caminaron juntos en la procesión.

Detrás de la reina seguía una *dueña*, es decir, una dama de calidad que era viuda, vestida con un pequeño ropón de tela blanca, similar a los que usan los sacerdotes en Francia desde Todos los Santos hasta Pascua. En España y Portugal, todas las mujeres viudas siempre van cubiertas con un ropón de este tipo, mientras que las mujeres casadas y las solteras llevan la cabeza descubierta en sus casas. La reina iba vestida de manera magnífica y peinada al estilo español, es decir, con el cabello suelto, sin nada en la cabeza, pero muy bien arreglado. Llevaba una falda que arrastraba por el suelo, de al menos ocho varas de largo. Detrás de la reina caminaban unas treinta damas de Palacio, todas jóvenes y de buena apariencia; la mayor no tenía más de veinticuatro años y la más joven, dieciocho. Todas estaban muy bien vestidas, con largas faldas que arrastraban por el suelo, y también llevaban el cabello suelto, pero perfectamente arreglado.

Después de las damas de Palacio venían los grandes de España. Los embajadores no asistieron a la ceremonia porque, según

me dijo el marqués de Harcourt, embajador de Francia en la corte de España, habrían tenido que marchar después de las damas de Palacio, lo cual no aceptaban. Finalizada la procesión, se celebró la misa mayor con música. Había dos grupos de músicos en dos tribunas enfrentadas, y en cada grupo había los mismos instrumentos: clavecín, arpa, guitarra, bajo de viola y otros.

Permanecimos un mes en Madrid para ver todas sus rarezas. Fuimos a hacer nuestras devociones a Nuestra Señora de Atocha, que es un convento de dominicos. La iglesia es muy limpia, ciertamente pequeña, pero enriquecida con varias lámparas de plata y otras riquezas. Los reyes y reinas de España van a menudo allí a hacer sus devociones. Todas las iglesias de Madrid son muy hermosas y ricamente adornadas, y hay muchos conventos magníficos. Sin embargo, no hay obispo, aunque sea la residencia de los reyes de España, sino que depende del arzobispado de Toledo. El actual arzobispo es el cardenal Porto Carrero; este arzobispado tiene un ingreso de cuatrocientas mil libras.[39]

Cuando el rey sale de paseo, suele ir solo en un carruaje tirado por seis mulas, acompañado únicamente de un caballero y dos o tres lacayos. Lo encontré en este estado en dirección al Pardo, que es un castillo pequeño a dos leguas de Madrid y residencia de recreo del rey de España. En cuanto a la reina, cuando sale de paseo, siempre va escoltada por una veintena de carruajes tirados por seis mulas, en los que viajan las damas de palacio. Un día estaba en el patio del Palacio cuando ella llegó; este patio es bastante grande, de unas sesenta toesas de largo y cuarenta de ancho.

[39] Luís Fernández de Portocarrero, arzobispo de Toledo de 1678 a 1709.

[El Escorial]

Durante nuestra estancia en Madrid, visitamos el Escorial y pasamos la noche en el Pardo, donde solo hay un convento de capuchinos, bellísimo, y donde hay un Salvador de gran hermosura que hace muchos milagros. Al ir al Escorial, pasamos por un pueblo llamado Galapagar, y como nos sentimos un poco fatigados, entramos en la casa del hermano, que es el encargado de recibir a los religiosos, para tomar un poco de vino. Solo encontramos a una niña de unos doce años, que nos dijo que debíamos esperar a su padre y su madre, quienes estaban en misa. La dueña no tardó en llegar y, al hacerle la misma petición, nos respondió: «Con mucho gusto», aunque nos preguntó si queríamos asistir a la ceremonia de los santos Fabián y Sebastián, ya que se celebraba ese mismo día. Como no sabíamos de qué se trataba, respondimos que íbamos con prisa y queríamos llegar a al Escorial esa misma noche.

Mientras iba a buscar el vino, vimos venir a toda la gente de la parroquia, hombres y mujeres, en una especie de procesión. El párroco y el vicario estaban allí, pero vestidos de negro. También había dos capuchinos y, al mismo tiempo, vimos a doce personajes vestidos con pantalones, la mitad de su atuendo era amarillo y la otra mitad roja. Ante este espectáculo, nos retiramos un poco a la habitación y evitamos aparecer en la ventana. Sin embargo, la curiosidad nos llevó a escondernos en un rincón para verlos pasar. Estos personajes eran precedidos por un pequeño individuo con el rostro embadurnado de negro, vestido como un personaje de carnaval, que llevaba un tambor roto de un lado y lo golpeaba. Vimos pasar esta extraña procesión, que se detuvo en un patio cerca de la casa donde estábamos. Justo cuando nos disponíamos

a beber un trago, nos sorprendimos mucho, pues uno de estos personajes entró en la habitación y nos invitó a asistir a la ceremonia de los santos Fabián y Sebastián. Mi compañero y yo nos miramos, sin saber qué hacer, pero finalmente aceptamos, para poder hablar después de este tipo de ceremonias.

Es cierto que, en Lisboa, cuando una monja quiere celebrar su festividad, hace venir a un grupo de enmascarados, muy bien vestidos, con un pandero, para que bailen en la iglesia; su reja se abre para que puedan verlos danzar, y así pasan todo el día. Casi nunca salía a la ciudad sin ver a este tipo de bailarines entrar o salir de las iglesias: una hermosa ceremonia para celebrar la festividad de un santo; aunque habría que preguntarse si esto no es más pagano que cristiano.

Así que fuimos a ver la celebración de la festividad de los santos mártires Fabián y Sebastián. Nos colocaron en unos bancos en el patio, donde estaban sentados el párroco, su vicario, los dos capuchinos y los principales habitantes del pueblo. Los demás hombres permanecían de pie y las mujeres sentadas en el suelo. Los personajes con pantalones comenzaron a bailar con gran destreza, llevando castañuelas en los dedos. Después de un largo rato de baile, cada uno, uno tras otro, recitaba su parte sobre la festividad, pero también decían muchas tonterías para hacer reír a la gente.

Después de que todos hablaran, uno de los principales habitantes representó una farsa bastante ridícula con uno de los personajes con pantalones, tras lo cual bailaron juntos y luego lo hicieron todos los personajes. La ceremonia nos resultó bastante tediosa, pues no creíamos que duraría tanto, pero se prolongó más de tres horas. Al final, la festividad concluyó con un banquete en un granero, donde había una larga mesa, como en una boda de

pueblo, y se sirvió pan, queso y excelente vino. Solo los principales del pueblo entraron, pero se repartió a todos los que estaban afuera, hombres y mujeres, una gran hogaza de pan muy blanco, ya que todo el pan en España y Portugal es muy blanco. A quienes estaban dentro del granero, además, se les dio una corona de pan triturado que pesaba al menos dos libras. Nosotros recibimos lo mismo y así terminó la celebración de los santos mártires Fabián y Sebastián.

Era ya muy tarde cuando terminó la ceremonia, por lo que no pudimos viajar ese día al Escorial y pasamos la noche en Galapagar, que es un pueblo grande a una legua de distancia. A la mañana siguiente, fuimos a celebrar misa en la parroquia del Escorial, ya que el convento del Escorial toma su nombre del pueblo que está a sus pies. Después de la misa, almorzamos con el *hermano* de los capuchinos y luego subimos al convento.

El Escorial no es una residencia de recreo del rey de España, como muchos creen erróneamente. Para sacarlos del error, diré que es un convento de religiosos de San Jerónimo, donde hay al menos ciento cincuenta monjes. Se enseñan todas las ciencias, desde el abecedario hasta la teología e incluso la música. También hay un hospital general. El Escorial es un convento construido por Felipe II en lo alto de una pequeña colina. Se accede a él por una gran avenida de olmos, aunque los árboles no son muy hermosos. Frente al convento no hay explanada, es decir, una plaza, pues está construido al pie de una montaña muy alta, donde se dice que hay toros salvajes que se usan para corridas.

El convento tiene cuatro fachadas y cuatro pabellones en las esquinas, lo que le da forma cuadrada. Tiene seis pisos, ochocientas habitaciones y entre mil ochocientas y dos mil ventanas. Hay veintidós patios y quince claustros, aunque pueden contarse

cuarenta y cinco porque hay tres niveles superpuestos, todos magníficos. La primera entrada del convento es imponente, con seis estatuas de reyes de Israel sobre altas columnas en el pórtico de la iglesia, que es muy hermosa y dedicada a San Lorenzo. Su interior está decorado con numerosos frescos y pinturas murales de gran fineza. Hay ocho órganos, cuatro grandes y cuatro pequeños. La sacristía es muy rica, con cálices de una orfebrería inigualable, cruces, candelabros, incensarios y, sobre todo, la custodia donde se expone el santísimo sacramento, valorada en más de doscientos mil escudos. Los ornamentos son magníficos, bordados en oro y adornados con perlas y diamantes en abundancia; las figuras que están sobre ellos están tan delicadamente bordadas en *petit point* que parecerían hechas con un pincel. El tabernáculo, de valor incalculable, está hecho de jaspe, pórfido y piedras preciosas, y se dice que tardaron siete años en construirlo. El tesoro es muy rico; en él se ve a San Lorenzo de seis pies de altura, todo de plata, numerosos bustos y relicarios de oro y de *vermeil* dorado, y otras piezas muy curiosas, entre ellas una copa que parece ser de ágata con el pie de oro, que se dice es una de las que los tres Reyes Magos llevaron cuando fueron a adorar a Nuestro Señor. También se ve una jarra de las que estaban en las bodas de Caná, donde Nuestro Señor convirtió el agua en vino. Esta jarra es de piedra y tiene dos asas.

El panteón es el lugar donde están enterrados los reyes y reinas de España que han tenido hijos, pues las reinas que no los han tenido y los pequeños príncipes y princesas están inhumados en una pequeña cripta bajando a la izquierda. Este panteón está completamente construido de mármol; la escalera, la pared, la bóveda y el suelo, todo es de mármol, de tal manera que al descender se podría decir que se entra más bien en un lugar de pla-

cer que en un sitio de sepultura. Hay veintiséis tumbas, de las que solo nueve están ocupadas; estas tumbas, que son de mármol, están colocadas sobre soportes. Cuando se quiere colocar en alguna a un rey o una reina, se desliza hasta el borde del soporte, se retira la tapa, que tiene forma de lomo de asno, se coloca el cuerpo dentro, se vuelve a poner la tapa y se empuja la tumba de nuevo a su lugar. La biblioteca es una de las salas más hermosas que se pueden ver, muy grande y adornada con pinturas magníficas; se dice que contiene veintiocho mil volúmenes de libros. En el Escorial el rey de España tiene un apartamento que no es lujoso.

Después de haber visto durante dos días todas las curiosidades y rarezas del Escorial, que son muchas, regresamos a Madrid. Como solo estábamos a una legua de allí, nos dijeron que el rey iba a llegar para montar a caballo e ir a cazar aves. Nos quedamos para tener el honor de verlo con tranquilidad. Cuando íbamos hacia el Escorial, ya lo habíamos encontrado en un carruaje con un simple caballero y dos o tres criados a pie; pues cuando el rey sale de paseo, nunca lleva gran séquito. No ocurre lo mismo con la reina, ya que cuando sale, siempre la escoltan una veintena de carruajes con las damas de palacio. En algunas ocasiones me encontré en el patio del Palacio cuando ella estuvo allí.

Como el rey iba encerrado en su carruaje mientras nos dirigíamos al Escorial y las mulas corrían a toda velocidad —lo que impidió que lo viéramos bien—, decidimos esperar en el lugar donde debía montar a caballo para ir de caza. Un criado nos colocó en un sitio donde el carruaje del rey debía detenerse y, efectivamente, llegó en ese mismo momento, deteniéndose justo donde estábamos, con el único obstáculo del caballo en el que el rey debía montar entre el carruaje y nosotros. Bajaron la portezuela del

carruaje, como en nuestros coches de Francia, y cuando el rey descendió, prácticamente lo montaron sobre su caballo. Tenía el rostro alargado, pálido, labios gruesos y una voz fuerte. Como estábamos tan cerca y había tan poca gente, nos hizo el honor de hablarnos, por lo que pudimos verlo con tranquilidad. Es cierto que después lo vimos de nuevo con igual detenimiento el día de la purificación de la Virgen María, durante la bendición de las velas.

Como no queríamos pedirle nada, lo dejamos partir de caza y continuamos nuestro camino hacia Madrid, donde permanecimos un mes para ver todo lo más particular de la ciudad. El puente es digno de ver, aunque por debajo solo pasa un pequeño arroyo, lo que llevó a un príncipe extranjero, que lo observaba desde arriba, comentar: «He aquí un hermoso puente, pero ¿dónde está el río?».[40]

Después de haber visto todo lo que se podía ver, dejamos esta hermosa y gran ciudad y nos dirigimos a Alcalá de Henares, pasando primero por Torrejón de Ardoz, que es un pueblo grande. Alcalá de Henares es una ciudad de tamaño mediano y bastante bonita; es una universidad famosa y cuenta con numerosos conventos de religiosos y religiosas. En el convento de los recoletos se encuentra el cuerpo de San Diego, guardado en un cofre; dicen que está en carne y hueso, pero como hay tres llaves para abrir dicho cofre —una en manos del rey, otra en las del arzobispo de Toledo y la tercera en posesión de los religiosos del convento—, no se puede ver cuando uno quiere, por lo que no lo vimos.[41]

---

[40] El puente de Segovia, cruzando el río Manzanares, era la entrada principal en Madrid por el oeste; construido en granito entre los años 1582 y 1584, fue diseñado por Juan de Herrera por orden de Felipe II.

[41] El convento de recoletos de Alcalá de Henares fue fundado en el siglo XVII por una rama reformada de los agustinos, caracterizada por su vida austera y

La iglesia de las bernardas es muy bella y tiene una gran cúpula. La noche que estuvimos allí se realizó un espectáculo de fuegos artificiales magnífico, mucho mejor que los que se hacen en Francia. Desde Alcalá continuamos nuestro camino y fuimos a Hontanar, que es un pueblo grande, luego a Jadraque, que es una ciudad pequeña sin nada en particular. Posteriormente llegamos a Sigüenza, una ciudad bastante bonita situada en una colina, y tiene un castillo muy hermoso y bien conservado. Es sede episcopal y la última diócesis de Castilla en dirección a Aragón. Aunque es pequeña, se dice que vale más de veinte mil escudos.

Desde Sigüenza viajamos a Medinaceli, una ciudad pequeña en lo alto de una montaña con forma de cono de azúcar, muy difícil de ascender desde cualquier lado, pues solo hay dos accesos. Luego fuimos a Huerta,[42] donde hay un gran convento de bernardinos. De allí continuamos a Alhama [de Aragón], un pueblo muy estrecho situado entre dos montañas que le sirven de murallas.

[Aragón]

Después pasamos por Ateca, una ciudad pequeña sin mucho interés, aunque es la primera de Aragón viniendo desde Castilla, razón por la que no nos detuvimos mucho y seguimos hacia Calatayud. Aunque no es muy grande, esta ciudad está muy bien construida, con hermosas casas y más de veinte conventos de religiosos y religiosas.

---

contemplativa; desapareció el siglo XIX a causa de la desamortización de Mendizábal. El cuerpo de San Diego, ahora se encuentra en el altar mayor de la catedral de Alcalá.

[42] El monasterio cisterciense de Santa María de Huerta, fundado el siglo XII.

Después de descansar, seguimos nuestro camino por Aragón, un reino lleno de montañas altísimas. Después de subir durante tres o cuatro horas e incluso más, pensando que encontraríamos una llanura, a menudo nos encontrábamos con otra montaña aún más alta que la anterior, lo que nos hacía decir que estábamos subiendo al cielo. A veces, en la distancia, veíamos una *atalaya* en la cima de una alta montaña y nos decíamos unos a otros: «Si tuviéramos que subir hasta esa *atalaya*, nos costaría bastante». Y muchas veces pasábamos por su base, pero no sin esfuerzo. Hay que reconocer, sin embargo, que aunque Aragón es un país montañoso, con montañas tan altas que veíamos nieve en sus cumbres a cincuenta leguas de distancia, que nunca se derrite, sus tierras son muy fértiles y producen buen trigo, frutas y vinos excelentes. Todo el mundo sabe como se valoran los vinos de Aragón.

Como he mencionado antes las *atalayas*, quizá interese saber qué son. Una *atalaya* no es más que una pequeña torre en la cima de una alta montaña. Están separadas unas de otras por ocho o diez leguas aproximadamente. Fueron construidas por los moros en España y Portugal cuando poseían estos territorios, con el fin de vigilar de qué lado venían los enemigos. Así, los centinelas en la primera *atalaya*, al ver la llegada de enemigos al reino, encendían una hoguera; la siguiente *atalaya*, al ver el fuego en la anterior, hacía lo mismo, y así sucesivamente. De este modo, en menos de veinticuatro horas se sabía por dónde entraban los enemigos en el reino y se podían tomar medidas para repelerlos.

Continuamos nuestro camino por Aragón y, desde Calatayud, nos dirigimos a la Almunia [de Doña Godina], un gran pueblo donde hay cuatro fatigosas leguas de montaña.[43] Nada cansa más

[43] Cruza las sierras de la Virgen y de Vicor por los puertos Cavero y del Frasno.

que subir esas altas montañas y descender a valles profundos, pero había que tener paciencia: no fuimos nosotros quienes hicimos el camino, pues, de haberlo hecho, lo habríamos trazado más llano. Desde la Almunia, seguimos al Frasno,[44] un pueblo grande donde se encuentra, creo, el crucifijo más hermoso del mundo. El Cristo mide más de cinco pies de alto. La historia es bastante particular y nos la contaron de la siguiente manera:

Un enfermo desconocido llegó al pueblo y, al entrar en la iglesia, notó que no había crucifijo. Preguntó por qué no había uno, y le respondieron que no habían encontrado a nadie que supiera hacerlo. Pidió un trozo de madera y dijo que haría uno. Se encerró en una habitación y, después de tres días sin aparecer, los habitantes golpearon la puerta, pero nadie respondió. Tras insistir sin éxito, derribaron la puerta y, al entrar en la habitación, encontraron un crucifijo, el más bello del mundo, sin que hubiera señales del peregrino, cuyo paradero nunca se supo. El crucifijo fue llevado a la parroquia, donde se conserva con gran veneración y solo se muestra en ceremonias especiales, con el sacerdote vestido con capa pluvial e incienso. Se dice que ha realizado unmerosos milagros y, desde entonces, siempre ha habido un hospital para peregrinos en el pueblo.

Desde el Frasno tomamos el camino hacia Zaragoza, pasando primero por Épila, que es una ciudad pequeña, y luego por la Muela, que es una aldea pequeña. Zaragoza es la ciudad capital de Aragón, situada a orillas del río Ebro. Es una ciudad muy hermosa, grande y la más limpia de toda España. Es una sede arzobispal, y su arzobispo tiene más de cincuenta mil escudos de ren-

[44] El pueblo del Frasno se sitúa antes de la Almunia.

ta. La catedral es muy bella, con bóvedas elevadas y todas sus rosetas doradas. Todas las capillas son magníficas, y la sacristía es muy rica. Se puede ver un gran sol que se utiliza en la festividad del Corpus Christi y el Jueves Santo para exponer el santísimo sacramento. Este sol está hecho solo de plata y tiene alrededor de cuarenta pies de circunferencia. Sus rayos miden casi media vara; en el pedestal hay madera, porque si no la tuviera, harían falta más de cincuenta hombres para transportarlo. Se dice que solo de plata pesa veintidós arrobas, y cada arroba pesa treinta y seis libras, por lo que en total hay setecientas veinte libras de plata.

También hay una pirámide de plata maciza que pesa diecisiete arrobas. Esta pirámide, o custodia como la llaman, se usa para la procesión del santísimo sacramento. Si no hubiera visto estas dos piezas, me costaría creerlo, al igual que a muchos que no las han visto; pero como las he visto, doy testimonio de ello, pues al comienzo de este manuscrito afirmé que no diría nada que no hubiese presenciado. También se puede ver un cáliz de oro macizo, con un delicado trabajo de orfebrería, enriquecido con piedras preciosas de valor incalculable, así como una gran cruz de oro. Hay una gran cantidad de objetos de plata, como candelabros, dos de los cuales tienen más de seis pies de altura, y numerosos incensarios. En la iglesia se guardan tesoros y reliquias en cuerpos de plata maciza y bustos. Todas las lámparas de la iglesia, que son muchas, son de plata y muy hermosas.

Existe una iglesia llamada nuestra señora del Pilar, que es muy hermosa. Allí se encuentra una imagen de la virgen que, según se dice, fue traída por un ángel sobre un pilar en tiempos de Santiago apóstol, y no se sabe de qué material está hecha. En la capilla donde se encuentra la virgen hay setenta y ocho lámparas de plata, y en toda la iglesia se cuentan más de cien. Hay una gran

devoción a esta virgen. En esta iglesia hay dos sacristías: en una de ellas hay varios bustos de plata y figuras de cuerpos llenos de reliquias; en la otra, ornamentos, coronas de la virgen de valor incalculable, adornadas únicamente con piedras preciosas y perlas finas. También hay una custodia de plata para exponer el santísimo sacramento, que costó cien mil francos.

El convento de San Jerónimo es digno de verse. Es un convento de religiosos y antiguamente era el palacio de Daciano, enviado por los emperadores Diocleciano y Maximiano para gobernar España, quien martirizó a innumerables cristianos. Primero los hacía ejecutar en una gran calle, que es bellísima, pero como esto causaba disturbios, dejó de hacerlo públicamente y empezó a ejecutarlos en una gran cueva bajo su palacio, donde les cortaban el cuello sobre un madero que aún conserva las marcas de los golpes del hacha y que es conservado como reliquia. Actualmente, esta cueva es una iglesia llena de cuerpos de cristianos martirizados y enterrados allí. Nadie más puede ser sepultado en este lugar, pues un gran señor que pidió ser enterrado allí apareció tres veces fuera de su tumba, lo que llevó a enterrarlo en otro lugar, y desde entonces nadie más ha recibido ese permiso. En esta iglesia subterránea hay varias lámparas de plata.[45]

En el sitio donde Daciano martirizaba a los cristianos se ha erigido una gran y hermosa cruz. En todas las iglesias de Zarago-

[45] En el monasterio de Santa Engracia se halla la cripta de los «Santos Innumerables Mártires», donde se rinde homenaje a los cristianos martirizados durante las persecuciones romanas, especialmente bajo el mandato del emperador Diocleciano en el siglo IV. Según la tradición, estos mártires, cuyo número exacto se desconoce, fueron ejecutados junto a Santa Engracia, la más destacada del grupo. La iglesia actual fue construida sobre el sitio donde, según la creencia, tuvieron lugar estos martirios.

za hay abundancia de objetos de plata, y se dice que en la procesión del Corpus Christi se llevan más de ochenta cuerpos de plata, la mayoría completos. En definitiva, se puede decir que Zaragoza es quizá la ciudad de España con más riquezas. Además, es un importante centro de comercio. También se encuentra allí el antiguo palacio de los reyes de Aragón, cerca del puente sobre el Ebro. En este palacio hay una gran sala donde están representados todos los reyes de Aragón, sumando un total de cuarenta y dos.[46]

Después de haber visto todo lo que había que ver en Zaragoza, partimos hacia Cogullada. Cogullada no es más que un convento de capuchinos, construido por un eclesiástico para la devoción de los fieles, que acuden en gran número debido a una imagen de la Virgen María que ha estado en ese lugar durante más de mil doscientos años. Se dice que allí ocurren muchos milagros. Como está a solo una legua, el paseo es muy agradable, con jardines hermosos y llenos de hortalizas al estilo francés, pues son franceses quienes los cultivan.[47]

Continuamos nuestro viaje de regreso a Francia, pasando por Villamayor, Monegrillo y Peñalba, [48] que son aldeas grandes, y luego llegamos a Fraga, una ciudad pequeña al pie de una montaña. Se dice que a una legua de allí hay un convento de los trinitarios,

---

[46] En ese lugar existía una pequeña ermita dedicada a Nuestra Señora de Cogullada. En 1657, junto a ella, se edificó un monasterio donde se estableció la Orden de los Capuchinos, situado en un entorno natural a orillas del río Gállego, rodeado de fértiles vegas y frondosas arboledas.

[47] El monasterio de Nuestra Señora de la Cogullada, del siglo XVII.

[48] No sigue la ruta acostumbrada del camino real por Pina de Ebro, y se desvía bajo la sierra de Alcubierre.

donde hay una fuente que produce aceite de oliva.[49] Pero como estaba muy cansado, me conformé con creerlo sin ir a comprobarlo, ya que no era el camino hacia Barcelona, nuestro destino.

[Cataluña]

Cruzamos el puente sobre el río Cinca y llegamos a Lérida, que es la primera ciudad de Cataluña viniendo desde Aragón. Está situada a orillas del río Segre, donde desemboca el Cinca. Antiguamente, Lérida era una gran ciudad, pero fue destruida por los franceses y hoy es pequeña.[50] Sus habitantes no son ricos, ya que aún no han podido recuperarse, y prueba de ello es que los conventos destruidos no han sido restaurados. La catedral es muy antigua, pero no es hermosa. El castillo está en una colina que domina la ciudad y los alrededores. Aunque se extiende a lo largo de una pequeña montaña, su ubicación es buena. Eso es todo lo que se puede decir de Lérida. Partimos de allí, cruzamos el puente y seguimos hacia Mollerusa, un pueblo grande, y luego a Cervera, que es una ciudad pequeña situada en una colina; solo

---

[49] La ermita y antiguo monasterio de San Salvador se sitúa en una colina próxima a Torrente de Cinca. Construida inicialmente como una ermita de estilo románico, fue convertida en monasterio en el siglo XVI por los frailes trinitarios. El lugar adquirió gran fama gracias a la leyenda del Vaso Santo y sus presuntas propiedades curativas. El rey Felipe II llegó a visitar este enclave.

[50] Durante la guerra de los Segadores, Lérida fue sitiada por las tropas de los rebeldes catalanes, apoyados por los franceses. La ciudad sufrió graves daños debido al uso de artillería, lo que provocó la destrucción parcial de las murallas y edificios. Las fuerzas rebeldes tomaron la ciudad el 24 de octubre de 1642. François señala que cincuenta años después Lérida no se había recuperado.

tiene una calle principal y sus iglesias son las más pobres que he visto en toda España.

Como queríamos ir a Montserrat, tomamos ese camino y pasamos por Igualada, una ciudad pequeña sin mucho que ver, aunque rodeada de montañas, hasta llegar a Montserrat, que no es más que una montaña muy alta y difícil de remontar, especialmente desde Barcelona, pues se necesitan dos horas para subir por ese lado y una hora y media por el lado de Francia. En la cima hay una abadía de benedictinos que conserva una imagen de la Virgen María, supuestamente encontrada hace ochocientos años al pie de la montaña por un pastor. Se dice que allí ocurren muchos milagros y llegan peregrinos de todas partes. Nos despedimos de este lugar de devoción y nos dirigimos a Martorell, una ciudad pequeña al pie de una montaña sin mucho que ver, por lo que rápidamente tomamos el camino hacia Barcelona.

[Barcelona]

Barcelona. Esta ciudad es la capital de Cataluña, situada a orillas del mar Mediterráneo, al pie de una montaña en la que se encuentra el fuerte de Montjuïc que domina la ciudad, el puerto y una gran parte del campo. Es bastante grande, pero no es hermosa; sus calles son muy sucias. La iglesia catedral es muy bella, al igual que el ayuntamiento. En cuanto al puerto, es pequeño y de difícil acceso.[51]

---

[51] El puerto enfrentaba limitaciones debido a la escasa profundidad de sus aguas, lo que dificultaba el acceso de embarcaciones de gran calado. Las corrientes marinas provocaban la acumulación de sedimentos y arenas en el fondo, reduciendo aún más su capacidad para la navegación de barcos, y aunque se realizaban tareas de dragado de manera periódica, el problema persistía.

El campo es muy hermoso, muy fértil y abundante en todo tipo de bienes. El señor de Vendôme la asedió en 1698 y la tomó.[52] La trinchera se abrió en la puerta carretil de los capuchinos, cuyo convento se llama el Monte Calvario, ya que hay tres conventos de capuchinos alrededor de Barcelona. Uno está cerca del fuerte de Montjuïc y se llama Santa Madrona; el segundo está a una legua aproximadamente de Barcelona y se llama Santa Eulalia, donde nació esta santa. Este convento es el primero de los capuchinos en toda España; no se puede ver nada más hermoso que este convento. Todos los setos del jardín, que son muy espesos y están muy bien recortados, están formados solo por mirtos, naranjos, limoneros y granados, y hay gran cantidad de naranjos y limoneros a cielo abierto. El tercer convento es el del Monte Calvario, a un pequeño cuarto de legua de Barcelona. Este convento fue el gran hospital de los franceses cuando el señor de Vendôme asedió la ciudad, y en uno de los patios del jardín hay enterrados más de dos mil franceses, cuyos cuerpos sirven para fertilizar las hortalizas y los numerosos naranjos que crecen.

Desde nuestro convento hasta la ciudad hay muchos caminos cubiertos y muy profundos, bordeados de setos de pita, que es lo que en Francia llamamos aloe. Sus hojas son más largas que un brazo, tienen un grosor de tres a cuatro dedos y en su extremo hay una espina del tamaño de un dedo meñique. Ningún escuadrón puede atravesarlas sin dificultad y, sin estos caminos cubiertos, se habrían perdido más de doce mil hombres más de los

---

[52] En 1697, durante el contexto de las tensiones políticas y militares en Europa, el señor de Vendôme, sitió la ciudad de Barcelona. Este asedio formaba parte de los conflictos derivados de la Guerra de los Nueve Años (1688-1697), en la que Francia se enfrentó a una coalición de potencias europeas.

que se perdieron. Estos caminos aún están bordeados por estas pitas, que florecen cada veinte años y que, cuando florecen, producen una especie de pequeño árbol parecido a un pino. Sus flores son blancas; he visto varias florecidas. También hay una planta llamada higo del infierno, que en Francia llamamos *crapaudine*.[53] Estas dos plantas son muy comunes en Cataluña, Andalucía y Portugal. El campo de Barcelona es muy fértil y abundante en todo tipo de bienes, y se puede decir que Cataluña es una de las mejores regiones de toda España.

[Hacia Francia]

Después de ver lo que había que ver en Barcelona, tomamos la costa del mar, que es muy hermosa y agradable, y fuimos a Mataró, una ciudad pequeña, muy bonita y agradable gracias a su entorno. Está situada a orillas del mar, al igual que Arenys, que es una ciudad pequeña, y Calella, que es una aldea grande. Blanes es una ciudad pequeña que fue muy maltratada por los franceses en la última guerra. Hay un convento de capuchinos en la orilla del mar que es muy hermoso y cuya muralla es el propio mar. Desde su jardín se puede ver Rosas, que todo el mundo sabe que solo es una fortaleza para impedir desembarcos enemigos. [54]

---

[53] La remolacha roja *crapaudine* (Beta vulgaris), una de las variedades más antiguas, se conoce desde el siglo XVII.

[54] En el despeñadero de Santa Anna, una altiva roca bañada por el mar, se construyó en el año 1583 el primer convento, reformándose de nueva planta en 1627. En un entorno natural que el capuchino Dionigi Carli apreció en 1669: «Llegué con el compañero a Blanes, y nos dirigimos por un camino a nuestro convento, que está construido en la cima de un peñasco, a la distancia de un tiro de ballesta, o poco más, en un lugar que se podría llamar península, donde

Desde Blanes fuimos a Gerona. La ciudad no es grande, pero sí hermosa y fuerte. Hay dos pequeños ríos que la atraviesan;[55] las calles son estrechas, aunque hay dos muy hermosas. La catedral es bastante grande, aunque sin pilares, y la fachada de la iglesia es magnífica. Alrededor del convento de los capuchinos hay varios fortines que dificultan la labor de los asediantes cuando la ciudad es sitiada.[56]

Desde Gerona fuimos a Figueras; una ciudad pequeña, pero con mucho comercio, la última de Cataluña en dirección a Francia. Aquí, los vientos son tan furiosos que nos forzaron a quedar

---

el mar le sirve de clausura, no solo del jardín, sino también del convento y la iglesia. Creo que no se puede encontrar un sitio más hermoso, un clima más templado, y unos religiosos más atentos, sin tener que sufrir la tramontana del horrible invierno, ni el calor tórrido de la ardiente Guinea, viéndome en un lugar tan hermoso y en un país tan encantador, incluso al ser febrero».

[55] El Onyar y el Ter, no tan pequeños. En 1533, Claude de Bronseval, vio que el río «había crecido tanto que, saliéndose de su curso o cauce, había elevado sus orillas sobre el pavimento de la ciudad a la altura de una lanza grande, y había inundado todas las casas encontradas en la parte baja de la ciudad, a lo largo del pie del monte, llegando a los tejados de las mismas y había llenado los barrios de barro de arena». Desastres en tiempo de deshielo: «El dia 24 de setiembre de 1678, al anochecer inundaron esta ciudad las lluvias que baxaron por el curso de los Pyrineos pasando por el Ampurdán con tanto exceso que no bastando la grande abertura que hay para su curso entre la ciudad el arrabal del Mercadal acometió sobre la derecha la puerta del Angel que estaba años antes terra-plenada haciendo brecha en el lienzo de la muralla que corre desde el convento de San Francisco de Paula al de San Francisco de Asís llenándose las calles mas anchas de la ciudad de agua subiendo hasta el segundo estado de las casas que arruinó muchas donde perecieron mas de 400 personas».

[56] Después de varios lugares, se situó sobre la colina de Puigalguer, donde anteriormente ya habian residido practicando el eremitismo, fue inaugurado en 1655, y actualmente no existe en este lugar.

dos días más de lo que hubiéramos querido. Tan fuertes que pueden detener en seco a un hombre a caballo, impidiéndole avanzar. Incluso nos dijeron en Bellegarde, de la que hablaré enseguida, que a veces tenían que atar a los centinelas a los cañones debido a la violencia del viento. Nos aseguraron, que en ocasiones habían sido tan fuertes que habían levantado a hombres en el aire y los habían arrastrado cincuenta pasos sin que tocaran el suelo.[57]

Debido a estos vientos, nos quedamos dos días más de lo previsto, suspirando por Francia, que ya veíamos cerca. Pudimos ver algunas procesiones españolas similares a las que habíamos visto en Cádiz durante la Semana Santa, cuando estuvimos allí, ya lo mencioné antes. También era Semana Santa cuando estábamos en Figueras, y de nuevo vimos a estos penitentes, pero con la diferencia de que en Cádiz solo llevaban un paño sobre la cabeza, mientras que aquí usaban unos capirotes en forma de conos, de aproximadamente metro y medio de altura. Esos gorros me hacían reír. También había algunos penitentes que venían a nuestro convento[58] arrastrando cadenas, y otros que llevaban grandes cruces, aunque no eran más que tablones de pino clavados entre sí. Uno representaba a Jesucristo llevando su cruz, y otro al buen

---

[57] Famosos vientos, la tramontana recorre las crónicas de viajeros, temor de campesinos por los daños en las cosechas, los navegantes conocían su furia, leyendas que hablan de su presencia sobrenatural, la ira divina, la voz de Dios.

[58] En 1584, Figueras solicitó a los capuchinos que se establecieran en la ciudad, cediéndoles una antigua capilla de San Roque situada en un cerro cercano, el lugar que François conoció. Los frailes habitaron este espléndido enclave, abierto a los campos del Empordà, hasta que fueron desalojados y el convento demolido para dar paso, en 1753, a la imponente fortaleza de San Fernando, admirada en toda Europa, inútil esfuerzo militar.

anciano Simeón, que lo ayudaba. Al verlos caminar, se podía pensar que llevaban una carga extremadamente pesada. Otros realizaban las mismas ceremonias que ya he descrito en el apartado de Cádiz. Si no fuera por los vientos, no habríamos visto estas procesiones. Pero como el viento se calmó un poco el Viernes Santo por la mañana, partimos rápidamente, temiendo que nos detuviera más tiempo, y fuimos a Bellegarde.

Bellegarde es una ciudadela situada en lo alto de una montaña, extremadamente fuerte y prácticamente inexpugnable. Había una guarnición de seiscientos hombres. Es el paso para entrar en Francia o ir a España, y la primera aldea que se encuentra al entrar en España es la Junquera. En la ciudadela de Bellegarde hay un pozo extremadamente profundo, tan profundo que, al no encontrar agua después de haber excavado mucho, escribieron al señor Colbert,[59] que respondió que siguieran cavando hasta el infierno, que la encontrarían. Así lo hicieron, aunque sin llegar al infierno, y finalmente hallaron agua, que resultó ser de excelente calidad. Este pozo costó cien mil escudos. Nos quedamos allí a pasar la noche, porque encontré a algunos oficiales conocidos que nos recibieron muy bien y nos lo mostraron todo. Tras despedirnos, nos dirigimos a Céret.

Céret es una ciudad pequeña, la primera del Rosellón en el lado de Cataluña. Su puente es lo más notable, tiene un solo arco de una altura y longitud prodigiosas, lo que asombra a todos los que lo ven, especialmente a los arquitectos. Empezamos a respirar el aire de Francia y a notar las costumbres, que, como mencioné, son muy diferentes de las de España. Entramos con placer en Francia, pues cada uno suspira por su patria y su tierra natal.

---

[59] Jean Baptiste Colbert ministro del rey de Francia.

Continuamos nuestro camino y pasamos por Thuir, una ciudad pequeña, y luego llegamos a Perpiñán, que es la capital del Rosellón; no es grande, pero sí muy fortificada. Todo es ordenado: tiene murallas, bastiones, medias lunas, fosos, glacis, caminos cubiertos y empalizadas. La puerta de Canet es la más fuerte de la ciudad; el castillo y la ciudadela también son muy fuertes y bien diseñados, pero las iglesias no destacan por su esplendor.

[Recorre Francia hasta su ciudad]

Llegué a Nevers con muy buena salud, ya que el Señor me había protegido siempre, tanto en el mar como en la tierra. Además, nos habíamos puesto bajo la guarda y guía de su santo ángel, bajo cuya protección aquellos que se encomiendan no pueden sino realizar viajes buenos y felices, no solo para llegar con bien al lugar al que desean ir, sino también al cielo, que es nuestra verdadera patria y a la que todos debemos aspirar, pues es el destino final de nuestro peregrinaje en este mundo, donde deseo que todos lleguemos para gozar de una gloria eterna. Así sea.